

A close-up, intimate photograph of two people's faces. The focus is on their mouths and lips. The person on the right has their mouth slightly open, showing their teeth, with glossy, reddish-pink lips. The person on the left is partially visible, with their lips and a bit of stubble on their chin. The lighting is warm and soft, creating a romantic and sensual atmosphere.

Paula
Varga

COACH

aprendimos a sentir

 NOVELA ROMÁNTICA

Diseño portada y maquetación: Ramón Rovira
Fotografía portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema informático, o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

COACH,
aprendimos a sentir

Por
Paula Varga

Prólogo

Estamos acostumbrados a oír que el destino es caprichoso y no sabemos lo que nos deparará. Y así es, en un momento estás jugando con tu hermana y al segundo siguiente...

El viento empezó a soplar fuerte y las nubes hasta ese momento inexistentes empezaron a aparecer tornándose de un color gris cada vez más oscuro, todo presagiaba una tormenta de verano. Nos encontrábamos en el parque, cómo cada domingo, mamá nos llevaba a los dos para que papá pudiera descansar de la dura semana de trabajo.

Apenas nos dio tiempo a recoger todos nuestros juguetes, antes de que empezara a llover con fuerza, una bolsa de pequeños camiones y coches tuvo la culpa, bueno más bien, “Paco”, mi excavadora favorita de color amarillo, había estado haciendo con ella un agujero enorme y se había quedado entre la tierra.

—¡Leo venga, no ves que nos vamos a empapar! Está empezando a llover.

—¡Mamá no puedo dejarle aquí! Se mojará y se resfriará... y además le dan miedo las tormentas.

—Cariño, es un juguete, mañana vendremos a buscarle, te lo prometo.

—Por favor mamá, sólo deja que mire otra vez, será un minuto.

—¡Date prisa!

La lluvia cada vez caía más fuerte y la arena del parque se estaba convirtiendo en barro, pero yo no podía dejarlo allí, removí la arena hasta que lo encontré.

—“Paco” no deberías esconderte tan bien, mamá está enfadada por tu culpa —reñí a la pequeña excavadora, que cabía en una de mis diminutas manos—. Ya está mamá, ya nos podemos ir.

Mamá cargaba con nuestros juguetes para ir más deprisa, pero aun así nos estábamos calando hasta los huesos. Corríamos hacia casa, íbamos los cuatro de la mano, mamá cogía a mi hermana, ella a mí y yo a mi excavadora.

Mi excavadora se cayó al suelo, sólo me detuve un momento para recogerla, solté la mano de mi hermana, me agaché a por ella y poco más recuerdo de aquel día, bueno sí... lo que más recuerdo, es que esa tarde fue la última que caminé, nunca podré olvidar lo que es estar corriendo sobre tus piernas, notar la hierba mojada en la planta de tus pies. Ahora, ahora ya no siento nada.

No sé cuántos días transcurrieron hasta que desperté y si en realidad estuve todo ese tiempo que dijeron dormido. Cuando abrí los ojos, no reconocí el lugar, todo era de un amarillo apagado, desde mi postura no veía nada más que el techo y las paredes. No me podía mover, algo me sujetaba... estaba solo... y yo a mis cuatro años, sólo quería llorar.

—¡Mamá! —intenté gritar, pero mi garganta estaba tan seca que de ella salió algo parecido a un gruñido, hasta me asusté de no ser yo mismo.

—Aquí estoy cariño —me dijo y me sujetó la cara entre sus manos, con esa suavidad que solo una mamá puede tener y ahí se acabó mi miedo.

Todo lo que vino después fue lo más parecido a una tortura, meses y meses en aquel hospital, médicos con su bata blanca que no hacían más que tocarme todos los días, moviéndome las piernas para arriba y para abajo, lo único que me gustaba de todo aquello, es que me dejaban ir a la piscina sin ser verano. Allí, en el agua, podía moverme sin necesidad de aquella estúpida silla de ruedas, al principio necesitaba ayuda, pero poco a poco descubrí que podía hacerlo yo solo.

Mamá y papá lloraban a cada momento, los médicos les decían que yo iba a llevar una vida más o menos normal, yo entonces no sabía a lo que se referían... después de todo en cuanto saliera de allí volvería a caminar... o eso pensé yo.

Un día, cuando ya habíamos regresado a casa, mamá me estaba leyendo un cuento y le pregunté:

—Mami ¿Qué me ha pasado?

—¿No recuerdas nada cariño?

—No, lo único que recuerdo es que “Paco” se cayó... ¿Dónde está?

—Lo tengo en mi bolso, ha preguntado muchas veces por ti ¿sabes? Él está muy preocupado.

—¿En serio? ¿Me lo das?

Mamá fue a por él. Lo regañé muchísimo por haberse querido escapar, siempre se escondía para que yo no lo encontrara.

—Bueno “Paco”, ahora ya no importa, estamos otra vez juntos ¿y sabes lo mejor? Que yo ahora también tengo ruedas.

Mamá al oírme decir eso se echó a llorar y me abrazó.

Con el tiempo me enteré de lo que me había pasado, al soltarme de la mano de mi hermana, me quedé en la carretera, un coche intentó frenar para evitar el atropello, pero el asfalto mojado hizo que patinase arrastrándome varios metros con él. Mi hermana cuatro años mayor que yo, tardó mucho tiempo en aceptar que ella no tuvo la culpa, se lamentaba de no haberme agarrado más fuerte. Creo que hoy en día todavía sigue culpándose, aun cuando yo intento convencerla de que no fue su culpa, ni siquiera de mi excavadora, fue mala suerte, el destino... lo que sea, pero su mirada lo dice todo.

Pasé el resto de mi infancia cómo cualquier otro niño, con los impedimentos que surgían de estar paralizado de cintura para abajo, pero que pronto y sobre todo debido a la natación conseguí hacerlos cada vez menores.

Iba cada día a la piscina, mis brazos cada vez eran más fuertes, lo que me ayudaba a tener más independencia. Llegó un momento en que ya no hacía falta ni que me empujasen, ni que me subiesen a la cama, yo solo podía hacerlo casi todo.

La adolescencia fue un poco más complicada, mientras los demás chicos salían con chicas y sólo entrenaba, ninguna chica quería ser más que una amiga... y no es porque yo lo diga, pero me había convertido en un chico bastante guapo.

Me inscribí en el equipo de natación del barrio, al principio no querían admitirme, pero cuando les convencí de que me dejaran hacer las pruebas, ellos mismos se sorprendieron, llegué incluso a mejorar alguna de las marcas de sus alumnos. Me permitían entrenar con ellos, pero no podía competir, las reglas eran claras, por lo que con la ayuda de los directivos y entrenadores del club, conseguí, con mi trabajo una plaza en el equipo regional de natación para discapacitados.

Empecé ganando competiciones locales, pasando después a nacionales, en el agua me sentía vivo, me sentía libre, mi cuerpo se movía sin necesidad de ayuda, ahí, en el agua, estaba completo, con todo el esfuerzo realizado logré una plaza en el equipo paralímpico nacional. Podéis imaginar la reacción mi casa, en esta ocasión de nuevo vi llorar a mi madre, pero sus lágrimas ese día fueron de alegría y los ojos de mi padre brillaban reflejando el orgullo que sentía por mí.

Pasaba mis días entre las clases y los entrenamientos, no precisaba nada más, hasta que apareció ella... dando un giro de 180° a mi vida. La chica más guapa de todo el último curso del instituto, se fijó en mí.

Capítulo I

Estaba en el último curso de bachiller, era un curso decisivo, mi sueño era poder estudiar en la universidad. Para poder acceder a la carrera que más me llamaba la atención, me pedían nota, y por todo esto, bachillerato se me estaba haciendo cuesta arriba. Nunca fui un estudiante brillante, pero desde pequeño tenía una idea clara, algún día sería diseñador de maquinaria pesada. Para entrar en la carrera de Ingeniería mecánica, la nota media debía ser alta y mi único obstáculo eran las asignaturas de filosofía y literatura, todo lo relacionado con las ciencias me atraía por lo que no me suponía ningún esfuerzo, pero eso de *hincar codos...* y más cuando no entendía nada de lo que leía, era una problema.

Estaba en mi habitación estudiando después del duro entrenamiento en la piscina, esta tarde tocaba Descartes y su *“Pienso, luego existo”*, por más que leía no encontraba lógica a las palabras, yo veía frases, pero sin encontrarlas sentido.

—Y eso que se le consideraba el padre de la filosofía moderna, cuando viaje a la clásica, creo que acabaré mal de la cabeza —me dije a mí mismo—. Y hablarse a uno mismo en voz alta, es el primer síntoma.

Pasé la vista por la habitación buscando mi estantería de recuerdos, allí estaba *“Paco”*, rodeado de otras miniaturas, algún día en mi mesa estarían los planos de una maquina como aquella y no apuntes de gente que tenía mucho tiempo libre para pensar todas aquellas tonterías. Pero antes debía aprobar este curso con buena nota y la selectividad.

—¿Un cuatro? ¡No me lo puedo creer! ¿Y todo el esfuerzo que he realizado no cuenta para nada?

—Relájese Leo, es el primer examen, todavía tiene tiempo de mejorar su nota durante el curso —contestó *“el flores”*, así llamábamos al profesor de filosofía, esa era su apellido, pero bien nos encargábamos nosotros de hacérselo llevar como una cruz.

—¡Usted no lo entiende! Una nota así bajará mi media y no podré matricularme...

—Tendrá que poner más de su parte, yo prometo valorar su esfuerzo —me puso una mano en el hombro dándome un pequeño apretón y se marchó.

Giré mi silla hacia la salida refunfuñando y allí estaba ella, había estado escuchando toda nuestra conversación.

—Hola Leo.

Frené en seco, los ojos verdes más bonitos que había visto, en ese momento me miraban a mí, sus labios color de fresa, carnosos y perfectos en ese instante me hablaban a mí, su voz suave se colaba en mis tímpanos, el corazón me comenzó a latir con fuerza en el pecho, causándome una pérdida total de mi autocontrol.

—Hola Eva —mi voz sonaba estúpida, era como en las series de televisión, parecía que un sonido de campanillas acompañaba nuestras palabras.

—Te he escuchado hablar con el profesor y si quieres yo puedo ayudarte.

—Agradezco tu intención, pero no veo la manera en que puedas ayudarme, es todo cuestión de estudiar y memorizar.

—Ese es tu error, sólo tienes que aprender a interpretar lo que lees, así comprenderás su significado y te será mucho más fácil memorizar algo que comprendes. Y yo puedo ayudarte —me dijo con una gran sonrisa y no me pude negar.

—Está bien, por probar no creo que me haga ningún daño.

—¿Me dejas? —Dijo señalando mi silla.

—¿Quieres subirme? —Pregunté atolondrado, no encontraba sentido a su pregunta.

—No, que si me dejas que te lleve —rio de nuevo.

¿Qué me pasaba con esta chica? Nunca permitía que nadie me empujase, salvo en contadas ocasiones en las que algún obstáculo me impedía hacerlo por mí mismo, ya que por desgracia, aunque se había avanzado mucho, todavía quedaban demasiadas barreras arquitectónicas por eliminar. Pero con ella era diferente, algo me detenía y no podía decirle que no, por lo que con un leve asentimiento de cabeza la di permiso para hacerlo.

—Oye, resulta más fácil de lo que imaginaba, pensé que esto pesaría un montón.

—Eva, perdona por lo que te voy a decir, no quiero ser un bruto ni nada, pero todo esto ¿no será parte de alguna broma? Compréndeme, nunca... ninguna chica... bueno ya sabes, la silla... yo... —balbuceaba nervioso.

—¿Qué estás insinuando Leo? —Soltó la silla y se puso de frente a mí con gesto serio.

—Nada, nada, perdona. ¿No te enfades, vale? —Dije avergonzado.

—Mira Leo, reconozco que en estos años de instituto no hemos tenido mucha relación, pero eso no significa que yo no me haya fijado... —se quedó un momento pensativa y al final dijo—. En tus esfuerzos por lograr tus objetivos.

—¿Te has fijado en mí? —Y en ese mismo momento me arrepentí de la pregunta.

—Hombre, pues precisamente tú no pasas desapercibido —dijo enarcando una ceja y señalando mi cuerpo, como si no fuera obvio.

—No me refería a eso, sé que todo el mundo habla de mí a mis espaldas, a algunos les doy lástima, otros me miran como un bicho raro y algunos con total indiferencia, pero no creí que alguien se fijara precisamente en mis esfuerzos, siempre he intentado pasar inadvertido.

—¿A qué llamas pasar inadvertido? Porque el ser deportista de élite no juega a tu favor precisamente.

—Pero, siempre he intentado no hacer alarde de ello.

—Pues deberías, yo por ejemplo lo hago, presumo ante mis amigos de contar con un compañero de clase que va ir a unas olimpiadas —dijo satisfecha.

—¿En serio? —estaba atónito, no podía creer lo que estaba escuchando, después de todo ella, sí que sabía de mí.

—Claro y hay más compañeros que piensan lo mismo, pero tú siempre estás tan solo, reconoce que apenas te relacionas con nadie y creo que tu discapacidad no es excusa.

—Joder, me hablas tan sincera, sin tapujos. La gente normalmente nunca hace referencia a mi condición, es más intenta hablar de cualquier otro tema, pero tú lo haces con total naturalidad.

—Eso es porque no has intentado entablar amistad con nadie, si no, descubrirías lo fácil que puede resultar hablar con ellos.

—Quizás tengas razón, no lo sé, siempre he sido un chico solitario y no creo que se deba a esto —le dije señalando mis piernas inertes—. Es más bien mi manera de ser. Cuando era niño mis padres controlaban todos mis movimientos, iba con ellos a todas partes. No me llevaban al parque por el simple hecho de que yo no echara de menos poder correr con otros niños o para no me señalaran con el dedo, eso creo que también ha influido—. No hice referencia a la culpabilidad que sentía mi hermana, que siempre estaba conmigo, protegiéndome—. Pero les demostré que podía hacer deporte y cada día les pruebo que puedo valerme por mí mismo.

—Sí, puedes valerte con todo... menos en filosofía —sacó la lengua burlándose de mí.

—¡Touché!

Seguimos hablando durante un buen rato, me acompañó empujando mi silla durante casi todo el trayecto que conducía a mi casa, insistí en varias ocasiones en que no tenía por qué hacerlo, sin embargo a ella parecía no importarle mi opinión, argumentó que prefería empujar mi silla a cargar con su mochila, que había colocado encima de mis piernas. Ni siquiera sabía que vivía una calle antes de la mía, lo descubrí cuando se despidió de mí diciendo que ya estábamos en su casa.

Continué en solitario hasta llegar a casa y pese a que mis piernas no sentían nada, durante el camino restante sentí como al quitar el peso de sus libros, éstas quedaron vacías.

Después de la cena me metí en mi habitación con la intención de estudiar algo, pero en mi cabeza no quedaba ni un hueco libre que no lo ocupara ella, me lamenté de no haberle dado mi número de teléfono o la cuenta de Messenger, seguro que podríamos haber hablado un rato antes de dormir.

Esa noche mi cuerpo parecía distinto, estaba reaccionando de la manera que hacía en ciertas ocasiones debido a algún sueño subido de tono, pero esta vez yo, estaba despierto, intenté lo que varias veces había probado sin tener ningún éxito y esta vez tampoco fue diferente. Era una frustración no poder ser capaz de controlar mi propio placer, las veces que lo disfrutaba era algo espontáneo, en la noche, cuando mi consciencia dormía. Una vez más me dormí entre el llanto.

A la mañana siguiente me levanté con un humor de perros, cada vez que me pasaba me juraba a mí mismo no volver a intentar nada así, ya que sólo conseguía empeorar mi estado emocional. Nunca había hablado del tema con nadie, pero mi cuerpo tenía necesidades y yo no sabía cómo calmarme cuando se producían aquellas situaciones. Intenté hablarlo con mi padre, pero me fue imposible articular palabra, una vez estuve enfrente de él. Si por lo menos hubiese tenido un hermano mayor...

Cuando me sucedía esto, lo único que parecía resultar era nadar hasta quedar exhausto, pero cada vez me ocurría con mayor frecuencia. Notaba que mi cuerpo era una bomba de relojería y estaba a punto de estallar.

Me dirigía al instituto cuando la vi esperándome al final de la acera donde se encontraba su casa, aunque lo estaba deseando no era el mejor momento para verla, ella había tenido parte de culpa en mi actual estado de ánimo y no quería ser brusco con ella.

—Hola Leo —me dijo entusiasmada.

—Buenos días Eva —la contesté en un tono que rallaba con el sarcasmo.

—¿Qué te sucede? ¿Has pasado mala noche o qué? —Me preguntó con su angelical sonrisa y al contrario que yo, en un tono demasiado amable para lo que merecía.

—Mejor no hablemos de eso —volví a contestar de mala gana.

—¡Pues vaya humor tenemos! ¿Te levantas así todas las mañanas? ¿O este humor me lo dedicas a mí en exclusiva? —Dijo arqueando una ceja mostrando así un rostro de lo más cómico.

—Sí, es por ti —dije con sinceridad, pero sin duda ella no se lo creyó. ¿Por qué iba a pensar ella ser culpable de mi mal humor? Desconocía por completo mi situación y mis dificultades para calmarla.

—¿Pues sabes lo que te digo? Peor para ti, porque hoy tendrás que soportarme incluso después de clase.

—No veo la razón para que afirmes tal cosa.

—¡Ah no! Si no recuerdo mal, hemos quedado para empezar con las clases de filosofía.

—¿En serio? ¿Cuándo? —Pregunté haciendo memoria, no recordaba que hubiésemos quedado hoy.

—¿Tú no me escuchas? O ¿aparte de tus piernas también tienes resentido el cerebro? —Dijo riéndose.

—¡Qué graciosaaaaaaaa! ¿Tú no te cortas un pelo no? —Fingí molestia por sus palabras—. Sé que me dijiste que me ayudarías, pero no que empezásemos hoy.

—Bueno, pero hoy es un día tan bueno como otro cualquiera para empezar, y no creo que retrasarlo vaya a ayudarte demasiado. Y si no seguimos caminando vamos a llegar tarde al instituto.

—¡Pues vas lista si quieres que yo camine! —Había conseguido contagiarme de su alegría con sus palabras.

—Venga te llevo —me dijo poniéndose detrás de mí.

—No, hoy te llevaré yo, llegaremos antes —la invité a sentarse en mis piernas, aunque después de ofrecérselo me pregunté si sería buena idea. Después cuando recordase esa situación y su aroma a violetas lo iba a pagar caro de nuevo.

—¿Estás seguro? No creo que sea buena idea —dijo preocupada.

—Estoy acostumbrado, cuando era más pequeño a mi hermana la encantaba que la llevase, tengo práctica ¿sabes? Aunque hace mucho que no lo he vuelto a hacer —dije recordado como reía mi adorada hermana encima de mis rodillas mientras mi madre nos gritaba para que parásemos, que nos íbamos a hacer daño.

—Bueno, entonces mejor lo dejamos para otro día que tengamos menos prisa.

Agradecí en silencio que rechazara mi invitación.

—Venga pues pongámonos en marcha, pero si no te importa vamos en paralelo no me gusta hablar con la gente sin poder mirarle cuando lo hago.

—No te gusta que empujen tu silla —afirmó.

—No, la verdad es que no me siento cómodo cuando lo hacen, ya es bastante duro tener que pedir ayuda para ciertas cosas, como también tener que hacerlo cuando puedo defenderme y yo solo —me sinceré.

Proseguimos el camino hacia el instituto hablando sobre las clases que teníamos ese día, de los profesores y de algunos compañeros de clases que para mi sorpresa coincidíamos en que varios de ellos, no nos caían bien a ambos.

La mañana transcurrió entre clases y más clases, en los descansos no se dirigí a mí, ni yo tampoco a ella, estábamos cada uno con *nuestro grupo*, pero en varias ocasiones nos sorprendimos mirándonos y apartábamos los dos la vista avergonzados y con una tímida sonrisa.

A la hora del almuerzo estaba yo solo, los demás después de comer su bocadillo se habían ido a jugar un partido de fútbol, yo los miraba mientras corrían de un lado para otro dando patadas al balón, cuando se acercó por la espalda y me susurró:

—¿Lo echas de menos? ¿Estás bien?

—Ya no, es algo a lo que te acostumbras y es mejor hacerlo cuanto antes si quieres seguir adelante —la dije y yo también casi en un susurro.

—Es que te veía mirarlos y pensé que...

—No, tranquila, los veo disfrutar sólo eso. Yo lo hago a mi manera cada vez que estoy dentro del agua. Por cierto hoy tengo entrenamiento después de la última clase, si quieres puedes venir y nadamos un rato juntos.

—Oh no, no puedo, no he traído el traje de baño.

—Eso no es problema, mientras dure el entrenamiento no podrás meterte en la piscina, por lo que puedes aprovechar e ir a casa a cambiarte, sería después cuando puedas nadar conmigo en el agua.

—De verdad gracias, pero prefiero ser una simple observadora. Eso sí después, toca Sócrates.

—¡Venga, no seas aguafiestas! Primero nos damos un baño y después seguro que entiendo mejor a *ese señor*.

—En serio, no insistas, no me apetece —se negó tajante.

—Ahh ya entiendo —dije con una sonrisa torcida.

—¿El qué entiendes? —Me miró con asombro.

—Estás en esos días y por eso no puedes meterte en el agua —afirmé aguantándome la risa.

—¿Pero tú en que época vives? Aunque fuesen ciertas tus suposiciones, que no lo son —aclaró—. Las mujeres con la regla pueden bañarse —dijo con aire de suficiencia.

—Entonces si no es por eso ¿por qué te niegas tan en rotundo? —pregunté avergonzado por la lección que me acababa de dar.

—¡Eres insistente, eh! Pues no me apetece y no me apetece, listo, no hay más que hablar —me espetó con dureza. Era la primera vez que se mostraba tan seria conmigo y eso no me cuadraba.

—¿Te ocurre algo? Lo siento no quería ofenderte, sólo pretendía que nos divirtiésemos un rato juntos en el lugar donde me siento más cómodo y quería compartirlo contigo.

—Está bien, discúlpame no es por ti, es sólo... —dudó un momento antes de proseguir—. Que no sé nadar ¿contento? —Dijo bajando la vista hacia sus pies.

—¿Qué no sabes nadar? —Pregunté asombrado, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Yo te enseñaré!—. Exclamé al momento y sin pensármelo dos veces.

—Oh no, no, no. Qué vergüenza, estar allí rodeados de gente mirando.

—No digas payasadas, si supieras la cantidad de gente que va a aprender a nadar, incluso personas mucho mayores que tú. Por favor, será divertido, además así puedo corresponderte... tú me ayudas con los estudios y yo te enseño a nadar, es un trato justo —la expliqué con convicción—. No puedes negarte—. La sonreí para infundirla el valor que la faltaba.

—De momento iré a verte y después desde allí vamos a la biblioteca a estudiar, ya me pensaré lo de las clases de natación.

—Vale por hoy no insistiré más, pero pasado mañana tengo entrenamiento otra vez, así que no olvides traer lo necesario para después de las clases poder ir juntos.

—Ya me lo pienso y te digo.

—No hay nada que pensar, sólo imagina lo que vas a disfrutar.

No pudimos continuar hablando porque el timbre sonó para volver a entrar en clase, ese día no volvimos a coincidir en ningún aula, al pertenecer a dos ramas

distintas de bachiller, sólo nos encontrábamos en las asignaturas comunes y en esa tarde las materias que dábamos eran específicas de cada grado.

Cómo prometió me acompañó a los entrenamientos y una vez terminados nos dirigimos a la biblioteca, para mi suplicio. Ella me leía en voz baja la vida y milagros de Sócrates, yo escuchaba con atención, pero más que a sus palabras al embriagador timbre de su voz.

—O sea que el tal Sócrates era un *charlatán*, no hay documentos escritos de sus enseñanzas, sólo que sabía hablar muy bien y con ello movía a las masas —la interrumpí en su lectura antes de caer rendido al sopor.

—No, hombre, él no escribió ninguna obra porque lo que pretendía es que cada uno desarrollase sus propias ideas.

—¡Ya, seguro! O tal vez no sabía escribir...

—¡No puedo contigo! —Rio por lo bajo—. Pero por lo menos con esto me demuestras que ya sabes algo más de Sócrates y aunque no sepas al pie de la letra lo que pone en el libro, te queda una idea bastante clara, *a tu manera*, de sus enseñanzas.

—Si tú lo dices —ambos hablábamos entre susurros.

—No es que yo lo diga, pero de este modo, aunque te pueda resultar absurdo, te ayudará a memorizar mejor los textos, con tus conjeturas te será más fácil comprender lo que lees. Con mi ayuda y tus teorías conseguiremos que la filosofía te entre en esa cabeza tan dura.

Me hablaba con tanta dulzura que creí no poder resistirme a probar sus labios, nunca había besado a una chica, esa fue una de las razones que me impidió hacerlo, otra fue que estábamos siendo observados por decenas de ojos y la más importante, Eva se dio cuenta de mis intenciones y volvió la vista hacia el libro dejándome así, mirándola embobado.

Terminamos de estudiar y nos fuimos juntos de camino a casa, esta vez no me preguntó si podía empujar mi silla, ella caminaba a mi lado mientras yo avanzaba por mí mismo. Comparado con el resto del día, el camino de regreso se me hizo eterno debido a que casi no conversamos, ella iba mirando al suelo y apenas contestaba a mis tímidas preguntas. Estaba convencido de que a partir de ese día las cosas iban a ser diferentes, con mi fugaz y torpe intento de besarla lo había estropeado todo. Nos despedimos con un escueto *hasta mañana* cuando llegamos a su casa.

Capítulo II

Esa noche me quedé dormido sin problemas, estaba exhausto de todo el día, las clases, los entrenamientos, la visita a la biblioteca, tenía muchas cosas que pensar aquella noche, pero el cansancio físico, me venció.

A la mañana siguiente me desperté confuso, ¿qué iba a pasar ahora? A lo mejor ni siquiera volvería a hablarme, ¿cómo pude ser tan estúpido!

—¿Mamá, tú crees que una chica pueda enamorarse de mí? —La pregunté mientras desayunábamos.

—¿A qué viene esa pregunta? Eres un chico atractivo, por supuesto que se pueden enamorar de ti.

—Mamá, seamos realistas, estoy en una silla de ruedas. Y no creo que a las chicas las atraiga en lo más mínimo mi último modelo de medio de transporte —ironicé señalando la silla—. Ellas buscan otro tipo de chico —dije cabizbajo.

—Hijo, nunca te habías preocupado por eso ¿ha ocurrido algo?

—No, bueno sí, bueno no sé, dejemos el tema.

—Pero Leo, has empezado tú y si lo has hecho por algo será, cuéntamelo, intentaré ser lo más objetiva que pueda.

—Ahora no tengo tiempo, llego tarde al instituto, después de clase hablamos. Chao mamá —dije tirándola un beso.

Impulsaba las ruedas con fuerza, tenía la esperanza de que Eva estuviera allí, pero al acercarme a la esquina donde la mañana anterior me esperaba, no la vi. No me detuve a mirar hacia su puerta, continué mi camino empujando con más ímpetu aquella silla de ruedas, que si hasta el momento la había aceptado, ahora la odiaba con todas mis fuerzas.

—¡Leo! —Oí cómo alguien gritaba detrás de mí—. Leo espérame.

Frené en seco y me giré para ver quién era, el corazón me empezó a latir con fuerza, era ella, mi Eva, que corría hasta mí.

—¿Por qué no me has esperado? —Dijo enfadada cuando me llegó a mi lado.

—Bueno, yo pensé... que después... de lo de ayer, vamos... que no... —no sabía ni que decir.

—Claro y la solución más rápida antes de preguntar es huir —por su tono de voz se notaba que estaba enfadada conmigo.

—Lo siento, verás, es que yo...

—Sí, ya lo sé, tú, tu silla de ruedas, tu desconfianza... pero pensé que habíamos avanzado en ese tema. Creí haberte dejado claro el otro día que no me importaba y que me sentía orgullosa de ti y de tus logros.

—Ya, pero, con mi actitud de ayer, pensé que lo había estropeado todo.

—¿Por qué, por esto? —Y me besó en los labios en mitad de la calle, dejándome sin aliento—. Yo también lo quería y me asusté, eso es todo. Pero no veo inconveniente en volver a hacerlo, es más lo estoy deseando —Y me volvió a besar, esta vez agarrando mi cara con sus manos y dejando entreabierta su boca entre mis labios invitándome a entrar en ella.

Separamos lentamente nuestras bocas y nuestras miradas se encontraron, ella estaba apoyada en sus talones para poder estar a mi altura, sus ojos brillaban, sus bellos ojos color esmeralda estaban clavados en mí, las comisuras de sus labios estaban ligeramente curvadas hacia arriba mostrándome una cálida sonrisa, rozó mi rostro con una suave caricia y mi cuerpo dormido hasta entonces despertó en mil sensaciones distintas. Podría decir que latido de mi corazón llegaba a todas mis extremidades, incluso aquellas que desde que era un niño no sentía, el pecho me palpitaba con tanta fuerza que llegué a pensar que se me abriría en dos, dejando así escapar a mi descontrolado corazón. Mis terminaciones nerviosas rebotaban de placer, era como si una corriente eléctrica atravesara mi cuerpo sin dejar un hueco por recorrer.

Ella recogió con el pulgar una pequeña lágrima que escapada sin control ante tantas sensaciones, comenzó a rodar por mis mejillas.

—Eres hermoso —susurró ella.

Mi garganta luchaba por pronunciar palabras, pero mi cerebro parecía no dar la orden para que así sucediese, estaba tan ocupado llevando a cada una de mis células aquellas magníficas sensaciones que era incapaz de articular palabra.

—Si seguimos aquí vamos a llegar tarde a clase, será mejor que nos pongamos en marcha —se puso en pie, colocó su mochila en mis piernas, volvió a darme un pequeño beso en la punta de la nariz. Y esa fue la primera vez que agradecí que alguien empujara de mí.

Una vez que llegamos al instituto me era imposible concentrarme en nada, me llevé alguna que otra regañina por parte de los profesores, que preocupados por mi estado y creyendo que estaba enfermo, me sugirieron la posibilidad de irme a casa ese día. Pero ellos no entendían que yo no me encontraba enfermo, bueno puede que sí, pero enfermo de amor.

La mañana se hacía interminable y en los pocos ratos que teníamos para encontrarnos, sólo lo hacíamos con nuestras miradas, seguimos actuando como dos desconocidos ocultando lo sucedido esa misma mañana, delante de nuestros compañeros.

La hora del almuerzo sería nuestra única excusa para tener un acercamiento, cuando los demás se encontraban demasiado ocupados en jugar un partido, hablar en corrillos o practicar alguna otra actividad, incluida la de protegerse de los profesores mientras se fumaban unos cuantos cigarrillos. Ese sería nuestro momento para volver a juntar algo más que unos fugaces contactos visuales.

—¿Qué tal has pasado la mañana? —Preguntó al acercarse con sigilo hasta mí.

—Interminable, tediosa. Ansiaba hablar contigo y las manecillas del reloj han tardado más del doble en contar cada segundo, por momentos pensaba que se detenían a propósito para aumentar mi impaciencia.

—Leo mi mañana no ha sido mucho mejor que la tuya, pero por lo menos he intentado prestar atención, cosa que deberías haber hecho tú también —me reprendió.

—Lo sé, lo sé, no me regañes tú ahora, bastante he tenido con los profesores.

—¿Y qué es eso que te tenía tan abstraído? —Dijo arqueando una ceja.

—No creo que haga falta que te lo explique, todavía no he conseguido deshacerme del sabor de tus labios, de tu olor a violetas, del tacto de tus manos... ¿quieres que siga?

—Puedes seguir, me gusta mucho lo que dices. En mi mente están todavía el recuerdo del sabor mentolado de tu beso, la calidez de tus lágrimas derramadas en mis manos y si mi olor a violetas te gusta, deberías saber cómo me siento yo cada vez que percibo tu olor a cítricos, es una mezcla entre limón y naranja amarga que me embriaga.

—¡Caramba! —Exclamé al oír la descripción sobre mí—. Nunca hubiese imaginado que se pudiesen distinguir en un mismo perfume diferentes olores.

—Todo es cuestión de agudizar los sentidos y echar mano de aquellos que tenemos más desarrollados, yo tengo buen olfato y tú... tú tienes un sentido del tacto increíble, sabes apreciar la más pequeña de las caricias como si fuese una auténtica llamarada.

—¿Y eso lo dices por mis piernas verdad? —Bromeé.

—Claro ¿acaso lo dudabas? —Dijo guiñándome un ojo a la vez que pasaba sus manos por mis piernas inertes—. Sé que no notas mi tacto aquí, pero estoy completamente segura de que tu corazón en estos momentos lo está sintiendo.

No se equivocaba, no me hacía falta sentir sus manos en mis piernas para notar el calor que desprendían sus actos acompañados de sus tiernas palabras.

—Me estoy enamorando de ti y no sé si es buena idea —confesé abrumado por las emociones que me provocaba.

—Yo ya lo estoy de ti... desde hace tiempo y como tú no parecías darte cuenta, no me ha quedado otro remedio que dar el primer paso.

—Eva hay cosas que debemos hablar antes de que continuemos con esto, yo... verás... tienes que conocer algunos aspectos de mí. No sé si voy a poder ofrecerte lo que tú puedes necesitar.

—¿De qué estás hablando? Yo no te estoy pidiendo nada...

—Es un tema muy complicado, es más, nunca lo he hablado con nadie y no sé cómo explicártelo. Ya sé que acabamos de empezar, pero esto tenemos que aclararlo antes de seguir adelante y no esperar a que llegue el momento... y yo no sea capaz de... bueno... ¡Joder qué difícil es esto!

—Leo por favor, tranquilízate, no sé de qué me estás hablando y me estoy empezando a asustar.

—Sexo, hablo de sexo —susurré para que nadie de nuestro alrededor pudiese oírme.

—¡Vaya! Sí que vas tú deprisa —rio divertida.

—No te lo tomes a cachondeo, para mí es algo muy serio, pero este no es el lugar más adecuado para hablar de estas cosas y desde luego tampoco es el momento, pero ya te he dicho más de lo que pretendía.

—Para mí también es un tema serio y más cuando a ti te preocupa tanto, sólo intento que te lo tomes con naturalidad. Qué hables de ello sin que parezca pecado y que si hay algo que te atormenta pues lo hablemos y listo.

El timbre de las clases interrumpió nuestra conversación.

—Te parece si esta tarde en vez de en la biblioteca, ¿estudiamos en mi casa? Allí no tendremos que hablar en susurros y mi casa está acondicionada para que no tenga que estar esquivando obstáculos para llegar a una mesa de estudio.

—Oh, olvidé decírtelo, esta tarde no puedo, mi tía tiene que salir de viaje y tengo que cuidar de mi prima.

—¿Mañana entonces? —Recé para mis adentros porque su respuesta fuese, sí.

—Por supuesto, mi labor de canguro se reduce a cuando surgen imprevistos. Por cierto esa fue la razón por la que me retrasé esta mañana, tuve que ir a recoger unas cosas de la niña a su casa para esta tarde.

—¡Ustedes dos van a seguir ahí toda la tarde o piensan entrar en sus respectivas aulas! —Vociferó un profesor a nuestras espaldas, no nos habíamos dado cuenta que no quedaba nadie más fuera.

Las dos horas que prosiguieron antes de que terminasen las clases y después de hablar con Eva transcurrieron a su ritmo normal, por lo menos conseguí prestar más atención que en las horas anteriores al almuerzo.

Al concluir el día nos fuimos los dos juntos, al llegar a su casa nos despedimos con un tímido beso en los labios y antes de que desapareciera tras la esquina la dije:

—No olvides llevar mañana el bañador.

—Descuida, haré todo lo posible para que se me olvide —rio con ganas.

—Está bien, la pediré prestado uno a mi madre o mejor aún, a mi abuela.

—No seas cochino, ¡esas cosas no se prestan!

—Pues procura no olvidarte —y me marché en dirección a mi casa riendo.

Al entrar en casa mi madre me estaba esperando, había olvidado ya la charla de esta mañana, pero por lo visto ella no y no iba a parar hasta que no le contase lo sucedido, así que cuanto antes me enfrentase a su interrogatorio, mejor.

—Hijo, he estado dando vueltas todo el día a nuestra conversación de esta mañana y ahora mismo me vas a contar que pasa por esa cabeza.

—Mamá, no es nada, déjalo no tienes por qué preocuparte.

—Leooo —dijo molesta.

—Paquiii —la contesté por su nombre.

—No te hagas el gracioso conmigo que no estoy de humor.

—Mamá, en serio no es nada, sólo que he conocido a una chica.

—¡De verdad! —Dijo entusiasmada—. Pero una chica tipo amiga o una chica tipo novia.

—¡Ay mamá! ¡Yo qué sé! pues una chica.

—¿Y te gusta? ¿Y a ella le gustas tú? ¿Cuándo la has conocido? ¿La conozco yo? ¿Es de tu clase? ¿Cómo es? ¿Es...?

—¡Pero bueno! —No la deje terminar su retahíla de preguntas—. Mamá, respira hija, que te vas a quedar sin aire, joder si lo sé no te digo nada.

—Perdóname hijo, pero es que estoy tan contenta.

—Ya veo, ya. Mira es una chica del instituto, nos conocemos desde que comenzamos la E.S.O, pero hasta ahora... pues... eso mamá, no me lo hagas más difícil.

—Pero esta mañana estabas tan preocupado hijo —dijo agarrándome las manos.

—Ayer pasó algo y pensé que lo había estropeado todo, mamá, pero estaba confundido, a ella no le importa que esté en una silla de ruedas y me lo demuestra a cada rato que pasamos juntos.

—Ni te imaginas lo feliz que me hace lo que me estás contando hijo.

—¿Satisfecha con el interrogatorio? —La pregunté burlesco antes de que empezara a llorar, sus ojos se estaban llenando de lágrimas y ya la había visto llorar demasiadas veces.

—No, pero de momento me conformo —me regó de besos toda la cara y por último pasó su mano por mi pelo revolviéndolo.

Una vez en mi cuarto, encendí el ordenador para echar una partidita al “*Comets of shadow*”, mi video juego favorito. Al iniciarse, en la pantalla me aparecieron avisos de nuevos mensajes en Messenger, lo que me recordó que hoy tampoco le había dado mi dirección de correo electrónico y así poder hablar un ratito antes de acostarnos. Mañana se la daría sin falta.

Revisé los mensajes y contesté con rapidez a algunos de ellos, la mayoría eran de compañeros de clase pidiendo ayuda sobre algún ejercicio, otros simplemente eran amigos que se aburrían y querían un rato de charla, pero hoy no me apetecía, prefería distraerme jugando un rato y poder pensar en Eva.

Capítulo III

Cuando sonó el despertador, yo ya llevaba un rato soñando despierto, anhelando que llegase la tarde para poder compartir con ella mi principal afición, la que de verdad me hacía sentir vivo, hasta que la conocí. Me levanté de la cama para sentarme en la silla de ruedas que usaba por casa, era una silla plegable, yo la comparaba con el coche pequeño que llevas al centro de la ciudad, ese que es manejable con el cual puedes aparcar en cualquier sitio, pero luego estaba la silla de calle, que en comparación sería el todoterreno rápido, cómodo, potente. Me duché en el cuarto de baño que tenía habilitado junto a mi habitación, me afeité los cuatro pelillos que tenía, que dejaban a la vista una piel morena. Mi abuela cada vez que me veía me decía:

—“Hijo lo que tú tienes ahí no es una barba, es una carrera de hormigas”.

Y yo creo que tenía razón, eran cuatro pelos mal puestos, que con el tiempo fueron haciéndose cada vez más abundantes. Me puse la misma colonia de cada día, esa que según Eva olía a cítricos, presté atención a su aroma, pero no distinguí el limón, ni las demás frutas que ella me dijo. Peiné mi cabello moreno ayudándome con un poco de gomina, era inútil prestar demasiada atención al pelo cuando en unas horas estaría aplastado bajo un gorro de silicona. Me miré en el espejo y vi que mis ojos azules brillaban más que cuando colgaban de mi cuello una medalla de oro.

—¡Leo, al teléfono! —Dijo mi madre a “grito pelao” desde el salón.

—¿Quién es? Dile que llame dentro de unos minutos que estoy a medio vestir.

—Es tu hermana.

—Voy —me dirigí empujando mi silla con sólo el bóxer puesto, me moría de ganas de hablar con ella, tenía muchas cosas que contarle, desde que se fue a Londres a hacer un Máster en finanzas, hablábamos una vez por semana.

—¡Hola Nuria! —Dije al quitarle el teléfono a mi madre de la oreja que todavía seguía hablando con mi hermana.

—¡Leo! ¿Qué es eso que me ha contado mamá de que tienes novia? ¿Es en serio? —Gritaba entusiasmada al otro lado del teléfono.

—¡Vaya! No ha tardado mucho en decírtelo —reí.

—¡Encima que me levanto una hora antes para poder hablar contigo! Desagradecido —me bufó, pero se notaba que estaba bromeando.

—Hermana esto tenemos que hablarlo largo y tendido, necesito algunos consejos de hermana mayor, pero sobre todo de chica.

—Leo, me alegro tanto por ti.

—Vamos despacio Nuria, nos acabamos de conocer prácticamente y no quiero acelerar tanto las cosas, después de todo existen barreras en mi vida y no me refiero a las arquitectónicas, que a lo mejor no soy capaz de superar.

—¿A qué te refieres? Tú siempre has sido un luchador y nunca nada se ha interpuesto en tu camino.

—Yo me entiendo, de momento no te preocupes, además tengo a tu madre pegada a mi espalda y desde luego es un tema que no pienso hablar delante de ella.

—Entiendo, es por el s e x o —susurró diciendo por separado cada letra como si mi madre pudiese oírla a ella también.

—Lo has pillado a la primera, hermanita.

—Siempre puedes pedir ayuda, recuerda Leo que hay especialistas que te pueden ayudar. Acuérdate que en las últimas citas con el psicólogo, te dijo que este día llegaría.

—No sé, de verdad, primero quiero hablarlo con ella, dejarle claras ciertas cosas y después me pienso lo de pedir ayuda.

—¡Siempre tan cabezota! Piénsalo, pero a lo mejor el orden debería ser el inverso.

—Ella es distinta, me acepta y creo que me va a comprender. Y por cierto si sigo hablando contigo voy a llegar tarde. Un beso Nuria, cuidate mucho, te dejo con mamá —dije a la par que le daba el teléfono a mi madre y les dejé hablando mientras fui a vestirme.

Ese día quería ponerme algo más llamativo que un chándal, pero el entrenamiento de después de clase me lo impedía, era muy incómodo ponerse unos vaqueros en un vestuario cuando las piernas no te sostenían. Cogí todas mis cosas y me marché diciendo adiós a mi madre que todavía seguía con la llamada de mi hermana.

—Ya estaba a punto de marcharme, pensé que hoy tampoco me habías esperado.

—Buenos días a ti también —la dije ante su recibimiento—. Lo siento mi hermana llamó desde Londres y nos hemos entretenido un rato hablando—. Expliqué.

—No pasa nada —me dijo, se acercó hasta mi altura y me dio un beso en los labios—. Buenos días.

—Cada vez que me besas me olvido hasta de respirar —dije sofocado.

—¡Anda vamos! Y respira, creo que es una función necesaria para continuar con vida.

—Ah, antes de que se me olvide, toma esto —la di una pequeña nota con mi correo electrónico y mi Nick del Messenger—. Así podremos hablar un ratito antes de acostarnos ¿te parece bien? —Pregunté al ver su cara de extrañeza.

—Sí, me parece perfecto —me sonrió y me pareció verla sonrojarse.

—¿Has traído la ropa necesaria para después de clase?

—Sí, señor pesado, pero eso no quiere decir que vaya a hacerlo, lo único que quería evitarte es el bochorno de pedirle a tu abuela el bañador —y me sacó la lengua.

—Perfecto, entonces vámonos.

—Te pongo una condición para que me piense meterme en el agua contigo.

—Tú dirás...

—Hoy tienes que prestar atención en clase, no puedes estar tan disperso como ayer, te ganaste unas cuantas llamadas de atención.

—Lo prometo, ayer me pillaste con la guardia baja y yo creo que deberías besarme más a menudo para que no me sucedan esas cosas —no sólo no me dio el beso, sino que además me propinó un manotazo en el hombro.

—¡Oh, maltratas a un discapacitado! Eso está muy mal visto por la sociedad.

—Pues que se prepare la sociedad cuando a este discapacitado de ojos azules, se los ponga purpuras si sigue diciendo tonterías —me dijo parándose enfrente de mí con los brazos en jarras. Nos quedamos mirando en un improvisado concurso de miradas enojadas y después de unos segundos estallamos a reír.

El día pasó rápido, entre clase y clase seguimos con nuestras miradas, que había empezado como un juego y ahora se había convertido en una costumbre. En la hora del almuerzo, me pasé casi todo el rato convenciéndola de lo divertido que iba a ser aprender a nadar y de sus múltiples ventajas. Cuando éstas terminaron nos dirigimos ambos al complejo deportivo donde entrenaba.

—Tranquila ¿vale? Yo ahora voy a quitarme esta ropa, espérame en las gradas y ya te avisaré yo cuando esté a punto de acabar el entrenamiento para que puedas cambiarte tú también de ropa.

Cuando salí de los vestuarios, la busqué con la mirada y allí estaba, en la zona media de los asientos reservados para el público. Le tiré un discreto beso que pasó desapercibido para el resto de mis compañeros, el cual fue devuelto con premura.

Comenzamos con los estiramientos antes de meternos al agua. Había faltado un par de días al gimnasio para fortalecer mis brazos y hoy lo notaba, pero pasar tiempo con ella había merecido la pena. Cosa que no podía volver a suceder o mi entrenador podría notarlo y sería causa de una merecida bronca ¡y menuda se las gastaba! Llegado el caso la convencería también de que viniese a hacer musculación conmigo.

Estuvimos más de una hora en el agua, practicando distintos tipos de *estilos* aunque en el que yo destacaba *era el estilo libre*. Para finalizar jugamos un pequeño partido de waterpolo y fue cuando acercándome al borde de la piscina la hice saber mediante gestos que había llegado el momento de que se cambiara de ropa.

Poco a poco la piscina se fue quedando vacía, incluso yo me salí ayudado por mis brazos, me incorporé sentándome en el borde de la piscina y de ahí me subí a mi silla, para dirigirme a otra distinta donde me aseguraba que ella haría pie en caso de que se hundiese. Recogí algunos utensilios que usaban los monitores que

enseñaban a sus alumnos a nadar y los lancé al agua de la piscina menos profunda. La vi llegar, caminaba con la vista clavada en sus pies, se le notaba muy incómoda, por lo que decidí ir en su busca, empujé mi silla hasta ella, le cogí por la cintura y antes de que pudiera negarse la senté en mis piernas. Recé por notar su calor, pero aquellas piernas se negaban a sentir.

—¡Estás empapado! —Chilló en intentó levantarse, pero yo la tenía bien sujeta para que no pudiera escapar de mi regazo.

—Si sigues intentando levantarte nos caeremos los dos al suelo, esta silla no tiene tanta estabilidad cómo la que uso normalmente —susurré, y acabé dejando un abrasador jadeo en su nuca. Podía sentir sus acelerados latidos en la palma de mi mano que sujetaba su abdomen. No se movió y dejó que la llevara hasta el borde de la piscina.

—Siéntate en el borde con los pies metidos en el agua, ahora mismo te acompaño —obedeció sin pronunciar palabra, mientras observaba en silencio y sin quitarme la vista de encima, cómo me bajaba de la silla ayudado por mis brazos y me ponía junto a ella.

—Eres increíble —dijo poniendo una mano sobre mi pierna.

—No lo soy tanto —reconocí más para mí mismo que para ella—. ¿Te importaría poner tu mano en un sitio donde pueda notar su calor? Si la pones en mi pierna sólo puedo imaginármelo y me gustaría sentirlo.

—Perdona, que torpe soy —quitó su mano y bajó la vista hacia el agua, se notaba que estaba muy nerviosa, era la primera vez que la veía así.

—¿Preparada? —Pregunté para romper ese momento tan incómodo.

—No —contestó rotunda.

—Venga metámonos en el agua, no te preocupes en este lado de la piscina el agua no te cubre mucho más arriba de tu cintura, además contamos con la ayuda de las tablas, que te ayudarán a flotar. Yo estaré a tu lado en todo momento y con los mismos objetos que uses tú para que no te sientas mal. Me encantaría poder usar mis brazos para sujetarte, pero son la única fuerza con la que cuento para mantenerme a flote.

Mis palabras no parecían tranquilizarla por lo que me sumergí en el agua y la invité a hacerlo conmigo, reacia accedió. En primer lugar insistí en cómo debía respirar, en ese momento su respiración era demasiado agitada y eso sólo empeoraría las cosas. Como veía que eso no funcionaba, empecé a salpicarla con el agua, al principio no se lo tomó como yo pensaba, pero al final resultó que ella empezó a salpicarme a mí también y comenzamos a jugar en el agua como dos niños pequeños.

Una vez que consiguió perder el medio nos acercamos a la orilla, le di instrucciones de cómo debía agarrarse al borde con sus brazos y dejar que sus piernas flotasen, poco a poco y entre juegos logré que ganara confianza en sí misma y después de un buen rato dentro del agua, su cuerpo era capaz de flotar bocarriba sin ningún tipo de ayuda.

—Creo que por hoy es suficiente —dije satisfecho.

—Ha sido estupendo —dijo abrazándose a mí.

—Estamos completamente arrugados, creo que deberíamos salir del agua y secarnos —la proximidad de su cuerpo desnudo, estaba causando estragos en el mío y nunca sabía cómo iba a reaccionar, por lo que decidí separarnos.

Después de ducharnos, nos fuimos a casa, ella no paraba de describirme lo mucho que había disfrutado de la tarde y que quería volver a repetirlo cuanto antes, pero yo no podía dejar de pensar en su cuerpo casi desnudo junto al mío, las sensaciones que me provocaba y que no sabía si iba a ser capaz de controlarlas. En ocasiones había sufrido eyaculaciones espontáneas y no podría soportar que me sucediese eso delante de ella. Tendría que explicárselo cuanto antes, pero no sabía cómo hacerlo sin asustarla.

—Estás muy callado ¿te sucede algo? ¿No ha sido cómo esperabas? ¿He hecho algo mal? —Preguntaba cada vez más preocupada.

—No, al contrario has estado fenomenal, pero tanto ejercicio me ha dejado molido —dije con la mejor de mis sonrisas.

—Pobre, lo siento mucho, tendremos que organizarnos para que no coincidan tus entrenamientos con mis clases de natación. Por qué... ¿quieres seguir con ellas verdad? —dijo entusiasmada.

—Claro que sí —quién podría negarse ante aquella chica.

Nos despedimos como cada día cuando llegamos a su casa.

—Llevamos dos días sin estudiar a ningún filósofo y esto no puede continuar así, tendremos que establecer un horario para organizarnos.

—¿Qué te parece si lo hablamos esta noche?

—No puedo, los días de diario mis padres no me dejan salir —reconoció avergonzada.

—Los míos tampoco, pero podemos hacerlo a través de internet ¿Qué te parece la idea?

—¡Estupendo! Después de cenar me conecto y charlamos un rato y ahora sí que te doy un beso.

No había vuelto a sentir sus labios en los míos desde por la mañana, justo antes de que me diese un manotazo. Eran suaves, cálidos y cómo el primer día que me besó dejó su boca entreabierta para dejarme entrar ella, dejé que mi deseo me guiara y paseé mi torpe lengua por su boca, encontrándose con la suya en un baile para dos... un baile para un par de inexpertos adolescentes. Le agarré por la nuca enredando mis dedos en su pelo para atraerla hacia mí. No sé cuánto tiempo estuvimos perdidos en aquel beso y es posible que todavía siguiésemos allí de no haber sido por una estridente voz que nos gritó:

—¡Sinvergüenzas! ¡Hacer estas cosas en mitad de la calle! ¡Qué poca educación tenéis los jóvenes de hoy en día!

Nos separamos sobresaltados, nos miramos y nos echamos a reír.

Capítulo IV

Cuando llegué a casa todavía iba riéndome del comentario de la señora que pasó a nuestro lado, era increíble que en el año 2002 la gente se escandalizara por ver besándose a una pareja en la calle...

—Parece que vienes muy contento tú hoy. Esa chica misteriosa ¿no tendrá nada que ver, verdad?

—¿Tú también papá? Pues no, no tiene nada que ver, por mucho que una madre entrometida se empeñe —dije esto último alzando la voz para que mi madre lo oyese.

—¿Entonces, esa cara de felicidad? —Preguntó alzando una ceja

—Pues no sé, será que os empeñáis en verme distinto. ¡Ay papá! No me mires así —protesté ante su mirada inquisitoria—. Estaré en mi cuarto hasta que se os pase la tontería.

—Hijo, es normal que estemos así, nos alegra mucho que hayas encontrado tú primer amor.

—¡Y daleeee perico al torno! Sí papá, estoy feliz por ella, me encanta esa chica y por extraño que resulte a ella le gusto tal y como soy ¿contento? —Farfullé.

Se levantó de su sillón y me abrazó con fuerza. No hicieron falta más palabras.

—¿Qué está pasando aquí?

—La que faltaba —murmuré cuando logré deshacerme del afectuoso a la par que incomodo abrazo con mi padre.

—Déjalo Paqui, el chico está hecho trizas después del entrenamiento de hoy y quiere ir un rato a descansar antes de la cena —dijo mi padre guiñándome un ojo y salvándome del interrogatorio al que sin ninguna duda me iba a someter mi madre.

Me marché dejándolos allí hablando sobre mí, estaba claro, no hacía falta que me pitasen los oídos para saberlo. Cerré la puerta de mi cuarto y me cambié de ropa, me puse un cómodo pijama, en mi piel todavía se dejaba ver la huella del agua, pero lo que más se notaba era el rastro invisible que su cuerpo había dejado en mis poros.

Hice las tareas que tenía pendientes para el día siguiente y encendí el ordenador. “*Tienes 4 emails sin leer*”. Saltó la alerta en la pantalla del PC, me dispuse a abrirlos y sólo vi el primero, era una invitación de Eva para confirmarme que me había añadido a sus contactos de Messenger. Abrí el programa con rapidez y le mandé un mensaje.

—Hola ¿estás conectada?

—Ahora sí —tardó unos interminables minutos en contestar.

—¿Qué estabas haciendo?

—Los deberes para mañana.

—Yo ya los terminé, eran muy fáciles hoy.

—Yo también, pero la traducción del texto de latín era un pelín complicada, suerte que tú no tienes esa materia.

—¿Quieres matarme? Bastante tengo con el español, cómo para encima tener un idioma que ya está muerto.

—Si no fuese por “ese idioma” tú y yo ahora mismo, nos estaríamos comunicando con señales de humo.

—Si tú lo dices... He disfrutado mucho esta tarde. Lo has hecho estupendamente, si sigues así en pocos días te convertirás en una nadadora excelente.

—Gracias, es que tengo un buen profesor... Pero no nos vayamos por la tangente que tenemos otros temas de los que hablar.

—¡Ah sí! ¿Y cuáles son?

—Tenemos que cuadrar unos horarios ¿Ya lo habías olvidado?

—Ahhhhh eso... sí, ya lo había olvidado.

—Suerte que yo tengo una memoria de elefante. Venga dime que días tienes entrenamiento y así los restantes los dedicamos a estudiar a tus “héroes favoritos”.

—¿De verdad que tenemos que hablar de esto?... Yo preferiría hablar de otras cosas.

—¡¡SI!! Tenemos que hacerlo, es importante.

—Está bien, tengo natación lunes y miércoles por la tarde, los sábados por la mañana, después tengo musculación los martes y los viernes por la tarde, lo que nos deja libre los jueves por la tarde y los domingos enteros ¿no? A no ser que tú esos días tengas planes...

—¡Vaya! Pues sí que eres un chico atareado, déjame echar un vistazo a mis horarios, en un segundo estoy contigo de nuevo.

Los minutos pasaban y ella seguía sin decir nada ¿Qué estaría haciendo? Mis dedos no paraban de tamborilear nerviosos sobre la mesa, comprobé varias veces si la conexión a internet no se había caído... Mi madre me llamó para cenar, por lo que la mandé un nuevo mensaje:

—Tengo que ir a cenar, después si estás por aquí seguimos charlando. Un beso preciosa (en los labios, como el de esta tarde).

En la mesa, sentado junto a mis padres, comía al más propio estilo de un animal, casi atragantándome con la cena por las prisas, tenía que volver cuanto antes a mi habitación.

—¡Leo! ¿Qué modales son esos? Por favor mastica la comida y cena despacio, tu estómago y tus padres te lo agradecerán.

—¡Ay mamá tengo prisa! Estoy un poco pillado de tiempo con un trabajo y lo tengo que entregar mañana —mentí como un cosaco.

—Me da igual, no haberlo dejado todo para el último día —me regañó mi madre—. Así que haz el favor de tranquilizarte.

Intenté hacer lo que me decía, sólo por no escucharla, cuando los padres se ponen en plan pesado, no hay quien los aguante. Terminamos de cenar en total armonía, una vez que logré controlar mis nervios, mis modales en la mesa volvieron a pertenecer a una persona. Me disculpé fingiendo de nuevo ir a realizar el trabajo y abandoné la cocina rumbo a mi chica.

—Leo —me llamó mi madre—. Te dejo preparado un vaso de cola cao en el microondas por si acaso el trabajo se alarga y trasnochas mucho.

No logré distinguir ningún rastro de ironía en sus palabras, lo decía con el mismo cariño de siempre, aunque estaba seguro de que no se había tragado mi mentira... las madres tienen un radar para detectarlas a la primera. Por lo que giré mi silla acercándome a ella. La di un fuerte abrazo cogiéndola por su cintura y cuando bajó su cara posándola en mi pelo, la susurré:

—Aunque eres la madre más entrometida que conozco... aun así, eres la mejor madre del mundo, te quiero—y me marché dejándola con los ojos como platos ante mi revelación. Por lo general no solía tener esas muestras de amor hacia mis padres, pero hoy me apetecía decírselo.

Una vez estuve de nuevo en mi cuarto, me puse frente al ordenador, ni siquiera lo había apagado al ir a cenar, así que cuando fui a teclear a toda prisa, me di cuenta que tenía un mensaje suyo entrante.

—Perdona mi tardanza, pero me llamó una amiga para pedirme unos apuntes... Ahora sí, vamos a cuadrar horarios, los jueves después de clase y cómo ese día no tienes ninguna actividad física, la tarde la dedicaremos a estudiar, los sábados por la tarde... si te parece bien, después de comer podríamos ir a la piscina un rato... y después estudiamos y los domingos... saldríamos a dar un paseo... si quieres... Yo también tengo que ir a cenar, luego hablamos. Un beso “mi chico”.

Estaba pensando en todo lo que me ponía en su mensaje... quería salir los domingos y me había llamado “su chico”... cuando la alerta de un nuevo mensaje entrante sonó.

—¿Todavía no has acabado de cenar o mis horarios te han asustado y ya no quieres saber de mí?

—¡Que tonterías dices! Acabo de llegar y estaba leyendo tu último mensaje, me parecen estupendos tus planes... los que más me gustan son los del sábado antes de estudiar y los del domingo.

—Pues como no cumplas los demás y saques unas notas excelentes, dejaremos la diversión en un segundo plano ¡Y sí, es una amenaza! Por si te quedaba alguna duda.

—Buahh eres peor que mi madre. Pero mucho más guapa y tus besos son infinitamente más increíbles.

—Tú tampoco lo haces mal ¿sabes?

—Ahora que no te tengo enfrente me es más fácil hablar contigo, por lo que voy a sincerarme, si en algún momento te incomodo de alguna manera, dímelo... necesito hablar algo contigo urgentemente y no creo que tenga valor para hacerlo cara a cara... mañana, quizás, no quieras volver a saber de mí...

—Leo ¿Qué pasa? Me estás asustando

—Eva, eres mi primera chica, a la única que he besado.

—No te voy a mentir, yo he besado a un par de chicos, nunca ha pasado de ahí, pero no tiene ni punto de comparación contigo ehhehe. Pero no creo que eso sea lo que tanto te preocupa ¿me equivoco?

—No.

—Dime entonces, estoy preocupada.

—Estoy en silla de ruedas...

—¡Fíjate! No me había dado cuenta... ¡al grano!

—No tengo sensibilidad en la parte inferior de mi cuerpo...

—Sigue...

—Sé que es pronto para hablar de sexo, pero tarde o temprano es un tema que si seguimos adelante va a surgir...

—¿Estás diciéndome que quieres acostarte conmigo?

—Uhhmm sí, no, bueno sí, pero no ahora. Lo que quiero que entiendas es que quizás yo no pueda ofrecerte lo que necesitas, soy inexperto.

—Todos lo somos, Leo ¿en serio que te pasa? Yo también soy virgen e imagino que algún día dejaré de serlo, pero cuando llegue ese día ya veremos.

—No lo entiendes. No va por ahí el tema.

—¡¡Pues explicámelo!!

—Yo no soy capaz de controlar mis erecciones, ni siquiera logro... bueno ya sabes... cuando me toco. Joderrrr

El silencio llegó, sin duda la había asustado, veía que estaba conectada, pero no decía nada. Lo mejor sería apagar el ordenador y dejarla pensar en ello, no insistiría más por hoy. Y cuando estaba cerrando el chat, sonó de nuevo la alarma de un mensaje entrante.

—Leo, no te vayas todavía...

—Estoy aquí.

—¿Sabías que existen terapeutas sexuales para casos como el tuyo?

—Sí ¿y tú como lo sabes?

—San google.

—¿Estás buscando información?

—Por supuesto que sí. ¿Has consultado alguna vez con alguno?

—No.

—¿Y por qué no?

—No pensé que fuese necesario, hasta ahora no lo he creído preciso, lo llevaba bastante bien... hasta que has aparecido tú y me has revuelto las hormonas.

—¿Tengo que pedir perdón por ello?

—No, al contrario, soy yo el que te estoy agradecido por aparecer en mi vida. Pero ahora estoy preocupado de verdad, nunca me había planteado esto.

—Tranquilo, ya encontraremos la solución, además estoy encontrando algunos artículos muy interesantes referentes a casos parecidos al tuyo.

—No deberías creerte todo lo que hay en la red.

—No lo hago y además antes de que me lo digas, ya sé que cada caso es diferente. Y no todo lo que lea, aunque sean artículos hechos por científicos van a ser al cien por cien fiables.

—Exacto, deberías dejarlo, seguramente todo lo que leas, sea mentira o por lo menos seguro que no funciona conmigo.

—¡¡Quieres dejar de ser tan negativo!!

—No soy negativo, soy realista, quizás vaya siendo hora de que pida una cita con mi psicólogo y que me recomiende un buen terapeuta, en mi última sesión hace meses, me dijo que esto iba a suceder tarde o temprano. Pero no le creí.

—No sabía que ibas al psicólogo.

—Ahora voy una vez al año más o menos, mis padres creían que era necesario, ahora ya no lo es tanto, pero he de reconocer que me ha ayudado mucho.

—Leo voy a investigar un poco por mi cuenta, mañana seguimos hablando ¿vale?

—Noooo, no quiero dejar de hablar contigo, sólo un ratito más porfaaaaaa.

—¡No seas crio! Además ahora tengo cosas que hacer ¡Venga a dormir!

—¿Mañana nos vemos?

—Hasta mañana “mi chico”. Un beso, descansa y no pienses mucho en el tema ¿vale? Todo lo que tenga que ser, será.

—Hasta mañana ¿puedo llamarte princesa?

—Noo mejor busca otra palabra ¡mira ya tienes algo en que pensar esta noche!

—Adiós... (... ..) inserte aquí su palabra favorita.

—Adiós... (Mi chico), esta es mi palabra favorita.

—¡Que graciosa! Me refería a cómo quieres que te llame. Pero me gusta mucho, mucho, mucho, tu palabra favorita.

—Esa la tendrás que buscar tú. Un beso Mi chico. ¡Y duérmete ya!

Cuando miré el reloj eran más de las dos de la madrugada, no pensé que habíamos pasado tanto tiempo hablando, tienen razón los que dicen que cuando estás a gusto con una persona, el tiempo pasa volando.

En esos momentos agradecí el detalle de mi madre, fui a la cocina y puse a calentar el vaso de leche, me quedé mirando cómo daba vueltas en el microondas mientras pensaba en todo lo que habíamos hablado.

Al sacar el vaso de cola cao del microondas me quedé mirándolo fijamente y tras verlo... ya sabía cómo la iba a llamar a partir de ahora “mi grumito”. Era lo que me encantaba de la leche con cacao, los grumitos que quedaban encima y ahora ella, era lo que más me gustaba.

Capítulo V

—Buenos días grumito —le dije a la mañana siguiente cuando nos encontramos en la acera cómo cada día.

—¿Grumito? —Preguntó incrédula.

—Sí, desde ayer pasaste a llamarte así... algún día te lo explicaré —y con la sonrisa en sus labios y a modo de aceptación de su cariñoso apelativo me regó de besos.

El fin de curso llegó, las cosas entre nosotros no podían ir mejor, mis notas en filosofía y literatura gracias a ella mejoraron muchísimo, por su parte ella con las clases de natación, se convirtió en una nadadora de primera, ahora nadábamos juntos a diario.

Superamos ambos la prueba de selectividad sin ningún problema y pudimos matricularnos cada uno en la carrera de nuestros sueños, ella en Filosofía y Letras y yo vi mi sueño cumplido al pasar a ser alumno de Ingeniería mecánica, por fin se acercaba el momento en el que algún día, diseñaría una máquina tan compleja como lo era “Paco” mi excavadora.

Teníamos todo un verano por delante, nos veíamos a diario. Eva que durante el curso se había ganado el corazón de mis padres, y formaba parte de la familia, sus padres por el contrario no me rechazaban, pero tampoco me veían con buenos ojos. Así que cuando no estábamos en la piscina o dando un paseo, pasábamos las horas en mi cuarto.

Aquella tarde estábamos hablando de lo mucho que había investigado ella en internet, yo de momento me negaba a ir a contarle mis problemas a un desconocido, me moría de la vergüenza...

Estábamos tumbados los dos en la cama mirándonos de frente, mientras me hablaba iba tocándome con sus dedos suaves, como una pluma, mi cara, me pidió que me quitase la camiseta, quería tocar todo mi cuerpo y así lo hice.

No sé cómo lo sentían los demás, pero lo que yo estaba experimentando en aquellos momentos, no era comparable a nada de lo que hasta entonces había conocido. Sus dedos pasaron por mis brazos una y otra vez.

—Cierra los ojos —me dijo, obedecí al instante.

Sus labios se sumaron al recorrido que hacían sus manos, llenándome de cálidos besos, proporcionándome nuevas sensaciones, cada poro de mi piel estaba lleno de vida, parecía como si las corrientes eléctricas que no podían llegar a mis piernas, se concentrasen en cada punto que ella tocaba o besaba.

—¿Lo sientes? —Asentí con la cabeza aún con los ojos cerrados—. Abre los ojos y colócate mirando hacia arriba.

Se sentó encima de mí y comenzó a desnudarse ante mis ojos, estaba acostumbrado a verla semidesnuda en la piscina, pero jamás había visto sus pechos y ese momento me los estaba mostrando, deslizó el sujetador por sus brazos dejándolos libres, sus pezones sonrosados al igual que su boca invitaban a probarlos. Ella cogió una de mis manos y la acercó hasta sus senos, eran tersos, suaves, estaban erguidos, cerró sus ojos y con un suave mecimiento comenzó a deslizar su sexo cubierto todavía por su pantalón con el mío.

Nuestras bocas se unieron como hasta entonces lo llevaban haciendo, nunca habíamos pasado de ahí, pero hoy era el día, mi cuerpo explotaba en mil emociones distintas, los nervios estaban presentes, pero también el deseo, la pasión, el calor y poco a poco la ansiedad de la inexperiencia iba dejando paso a la necesidad del ser amado.

Me ayudó a deshacerme del pantalón, después de que ella hiciese lo mismo con los suyos quedando completamente desnuda ante mí. Y debajo de aquel bóxer apretado para mi sorpresa se mostraba un miembro erguido, un miembro que por fin había cobrado vida. El miedo a no poder continuar con aquella erección o tener una eyaculación espontánea como tantas veces me había sucedido, desde que ella apareció en mi vida, se adueñó de mí.

—Tranquilo, suceda lo que suceda, lo intentaremos de nuevo otra vez, no te preocupes por ello, recuerda que yo te quiero y estaré a tu lado pase lo que pase —me susurraba cerca de mis labios.

Estaba tan asustado que mis manos comenzaron a temblar, Eva las cogió entre las suyas y empezó a besarme pasando con suavidad su lengua por cada uno de mis dedos, las terminaciones nerviosas que acababan en los extremos de mis manos, cobraron vida con cada beso, proporcionándome un calor inigualable por todo el cuerpo, cada caricia, cada roce, cada palabra, cada suspiro, me encendían más y más.

Con mucha delicadeza y pidiendo permiso con mis ojos, mi mano fue pasando por todo su cuerpo hasta llegar a su entrepierna, estaba muy húmeda, tanto que mis dedos se deslizaban suaves por su sexo, me recreé mirando su rostro, sus gestos de placer, escuchando los pequeños y dulces gemidos que profería mientras mis inexpertos dedos exploraban aquel rincón de su cuerpo hasta entonces desconocido para mí.

Con calma se puso de nuevo encima de mí... iba a hacerlo... iba a dejar que la penetrara, abrí los ojos temeroso de nuevo.

—Relájate —me susurró de nuevo—. No quiero que te preocupes por nada, esto me temo que va a ser un poquito más doloroso para mí que para ti, tranquilo, yo lo estoy, confío en ti —me habló con su dulce voz.

Se colocó de rodillas dejando nuestros sexos juntos, armada de un valor que yo en esos momentos carecía, agarró mi pene entre sus manos lo condujo hasta su entrada y con un movimiento precipitado, noté como mi cuerpo se hundía dentro del suyo. Agitada y con dos pequeñas lágrimas cayéndola por sus mejillas se detuvo.

—Grumito, cariño ¿estás bien? —Pregunté con preocupación.

Asintió levemente cuando acaricié su rostro con mis manos, la atraje hasta mí y recogí sus lágrimas con mis labios, continué besándola con pequeños mimos por toda la cara.

—Tranquilo, lo peor ya ha pasado —me dijo con una leve sonrisa—. ¿Tú estás bien?

—Sí, siempre que tú lo estés...

Se incorporó de nuevo, dejando vacía mi boca de besos y con mucho cuidado, comenzó a deslizarse con suaves movimientos torpes al principio, variando la intensidad de sus penetraciones. Mi cuerpo estaba reaccionando, cada vez me invadía más el calor, sentía que con cada movimiento el calor se concentraba en una parte de mi cuerpo, ella viéndome como me dejaba llevar por el placer que me estaba proporcionando, comenzó a acariciarse a la vez que aumentaba la velocidad de sus embestidas, hasta que estallamos en mil pedazos quedando rendidos juntos, ella se dejó caer sobre mí, hundiendo su cara entre mi cuello, besando nuevamente mi piel embargada de sensaciones, yo la mantenía agarrada con fuerza a mi cuerpo, en esos instantes su contacto era lo que más ansiaba, notar su corazón latiendo desbocado en mis costillas calmó por completo mi agitado cuerpo.

Una vez hubimos descansado el uno sobre el otro caí en la cuenta de que no habíamos tomado precauciones.

—Eva ¿una chica se puede quedar embarazada la primera vez? —Pregunté confuso.

—Claro que sí ¿A qué viene esa pregunta? —Me contestó con un gesto tan incrédulo, que era como si la respuesta fuese tan obvia que a mí se me escapaba algo.

—Grumito, no hemos usado protección...

—Mi chico tonto —dijo acariciándome la mejilla—. Aunque tú te niegues a ir a un terapeuta yo de momento soy una chica lista y hace semanas que fui al ginecólogo.

—Ahmmm ¿le comentaste nuestro caso? —Le dije asustado.

—¡No seas ridículo! Sólo me hice una revisión y ya de paso me recetó unas pastillas anticonceptivas.

Y así fue nuestra primera vez, ojalá pudiera decir que todas las veces siguientes fueron de la misma manera, pero para mí frustración no siempre ocurría así.

Ella me acompañaba a todas las competiciones, me alentaba cómo mi mayor admiradora, animándome en las derrotas y celebrando mis victorias, en ningún momento, ni circunstancia me abandonaba, siempre a mi lado y yo al suyo.

Los años transcurrían y cada día que pasaba nuestra relación se consolidaba más y más. Estudiábamos juntos hasta bien entrada la madrugada, ella prácticamente se había mudado a mi casa, mis padres que con tal de verme feliz, habían admitido aquella relación, que según las creencias más obsoletas, estaba mal vista.

Terminamos nuestras carreras, con muy buena nota, a Eva le ofrecieron un trabajo como profesora en un instituto privado, yo por mi parte de momento estaba centrado en las paralympias de Pekín 2008, se celebraban del 6 al 17 de septiembre de ese año.

El viaje fue increíble, aunque apenas tuvimos tiempo de estar juntos porque yo siempre estaba entrenando o concentrado con mis compañeros y los poquitos ratos que lo estábamos era disfrutando de algún deporte de nuestros atletas españoles.

La natación finalizó el 15 de septiembre con treinta y una medallas, siendo el deporte que más medallas aportó al medallero de España en estos Juegos, incluyéndome a mí como uno de sus medallistas de oro.

España terminó los Juegos Paralímpicos el 17 de septiembre con una gran actuación, al acabar en la décima posición del medallero con cincuenta y ocho medallas (quince de oro, veintiuna de plata y veintidós de bronce).

Cuando regresamos de nuestro viaje, Eva tenía que incorporarse de inmediato, aunque los alumnos no habían empezado las clases, ella ya había perdido varios días de trabajo, que “*la perdonaron*” al hacerles la oferta a sus superiores, de que yo iría a dar una charla a sus alumnos con la medalla de oro colgada al cuello.

Y así lo hice, me presenté junto a mi grumito, ante aquellos chavales que ilusionados a la par que sorprendidos, me preguntaban cómo un discapacitado podía ser tan rápido en el agua.

Eva orgullosa me miraba mientras yo les decía a aquellos chicos que una silla de ruedas no era impedimento para hacer deporte y ser feliz, que aunque mis piernas se negaran a mantenerme en pie, las ganas de vivir y la fuerza interior me ayudaban cada día a solventar los obstáculos que se me presentaban, les mostré mis brazos y les expliqué cómo con entrenamiento ellos soportaban el peso de mi cuerpo en el agua, haciéndome ágil y veloz. Se oyeron murmullos y silbidos:

—¡Vaya brazos, tío!

—¡Guauu pedazo de músculos!

Esas frases se repetían entre risas y gritos por parte de las niñas, que Eva silenció con un carraspeo y pasando una lenta mirada por cada uno de sus alumnos. En cuanto a mí se agacho y me dijo al oído:

—Haz el favor de taparte y dejar de presumir, que estos chicos están en la edad del pavo y me los revolucionas.

—Perdón, no ha sido esa mi intención, sólo quería mostrarles que aunque no tenga fuerza en las piernas, con ejercicio diario mis brazos suplen esa carencia. Además ¿para eso me has traído no? Para que los convenza de hacer deporte —inquirí divertido—. Y si hubiésemos estado a solas, seguro que mi mano no se hubiera comportado ante la visión de su trasero “*señorita profesora Eva*”—. Añadí jocoso.

Después de la regañina que nos dio la profe, las preguntas continuaron y les expliqué la importancia del deporte en sus vidas, y cómo aparte de mantenerles en forma, les ayudaba a hacer las cosas en equipo, a valorar no sólo su propio esfuerzo, sino también el de sus compañeros. Que en los tiempos que corrían, debíamos estar más unidos que nunca, el individualismo estaba triunfando ante el conjunto y eso no podía traer nada bueno.

Las preguntas se sucedían una tras otra, como pude las fui contestando de la mejor manera que sabía y esa era con sinceridad, reconociendo cuando había cuestiones que ignoraba y agradeciendo a los muchachos el interés que demostraban. Aquel día y sin pretenderlo me los gané a todos mostrándome tal cual era.

Durante ese curso, iba a buscarla casi a diario y aprovechaba sus horas lectivas para entrenar, después de todo las competiciones seguían ahí y Londres 2012 sería un año importante para mí, quizá serían mis últimas olimpiadas y si iba a retirarme quería hacerlo por todo lo alto.

En los ratos de ocio yo me dedicaba a diseñar planos de estructuras móviles y de maquinaria pesada, mi vida como deportista tenía fecha de caducidad y no podía quedarme con los brazos cruzados, tarde o temprano tendría que dedicarme de lleno a lo que más me gustaba después de la natación, por lo que iba entregando mis proyectos a grandes empresas, a la espera de que alguna decidiera llevarlos a cabo.

Un día de los que fui a buscarla a su trabajo y nos dirigíamos a mi casa, Eva me sorprendió con una propuesta:

—Leo, no te lo tomes a mal, pero creo que ya es hora de que nos busquemos una casa para nosotros solos, la casa de tus padres, pues eso... que es suya, y yo me encuentro muy a gusto, pero cada día echo más de menos tener nuestro espacio, nuestra intimidad... Además ahora con mi sueldo, pues ya podemos pagar un alquiler sin necesidad de pasar apuros —explicaba nerviosa.

—Tienes mucha razón, yo también estoy cansado de vivir así, apenas tenemos intimidad y si te soy sincero me gustaría que tus padres volvieran a hablarme, desde que prácticamente vives en mi casa, las cosas en vez de mejorar han empeorado entre nosotros.

—Ya, pero eso tiene más que ver con que soy su única hija, que porque pase la mayoría de las noches en tu casa.

—¿Tú crees que se solucionaría si te pidiera que te casases conmigo? Me arrodillaría y eso, pero en mi estado me resulta imposible —dije al ver su cara de asombro.

—¿Me estás pidiendo matrimonio, Leo? —Preguntó con los ojos llenos de lágrimas a punto de estallar.

—Señorita Eva Gutiérrez Valle, mi grumito ¿Quieres convertirte en la esposa de Leo Dorado García, para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe?

—¡Sí, sí quiero, por supuesto que quiero! —Exclamó.

—Me encantaría poner en tu mano un anillo, pero como esto no estaba previsto, espero que de momento puedas conformarte con este —me quité mi anillo de mi primera comunión que llevaba en el dedo meñique y se lo puse en su dedo anular, que en aquellas finas manos quedaba a la perfección.

Y como tantas otras veces, nos besamos bajo la mirada de la gente que en esos momentos paseaba por la calle.

Capítulo VI

Encontrar un piso que se adecuase a mis necesidades no fue tarea fácil, pero al final encontramos una casita a las afueras de la ciudad. Era una casa de dos plantas, la planta baja dónde estaban todas las habitaciones y una gran buhardilla que utilizaban como trastero, nosotros le daríamos otro uso. Eva estaba ilusionada con todas las posibilidades que tenía la casa, en cuanto la vio supo que tenía que ser nuestra.

Llegamos a un acuerdo con la adorable pareja de ancianos que la vendían, en ningún momento quisieron alquilarla ya que necesitaban el dinero para poder costearse una cómoda residencia. No tenían hijos, habían vivido toda su vida juntos el uno para el otro, y ahora viéndose tan mayores sólo querían disfrutar de sus últimos años de vida en tranquilidad, asegurándose que los cuidaran bien y por desgracia eso sólo se conseguía con dinero, dinero que obtendrían de la venta de su hogar.

Las siguientes semanas las pasamos decorando nuestra casa, tuvimos que hacer pequeñas reformas en el baño y en la cocina sobre todo, el resto de la casa estaba en muy buenas condiciones, con un poco de pintura y una decoración más moderna empezamos a crear nuestro hogar, que bien sonaban esas palabras “*nuestro hogar*”.

Llegó el día en que recogimos todos nuestros objetos personales, los estábamos metiendo en cajas, cuando Eva me preguntó.

—¿Leo, de verdad vas a llevarte tu colección de *máquinas* en miniatura? —Pronunció la palabra *máquinas* con un cierto tono de rechazo.

—Por supuesto, ellas irán donde yo vaya —contesté rotundo.

Se acercó a mí y se sentó en mi regazo.

—Cariño ¿nunca has pensado que si no fuese por “*Paco*” tú ahora mismo probablemente caminarías? —Preguntó con tristeza mientras me acariciaba con suavidad la mejilla.

—Grumito, jamás me habías dicho algo así ¿ocurre algo? ¿Tienes dudas con respecto a nosotros? —Dije preocupado.

—No me malinterpretes, te quiero, de eso no tengo ninguna duda, sólo me extraña que sigas conservando ese juguete...

—Mira, quizá si aquel día no se me hubiese caído de las manos, ahora caminaría o tal vez no, quién lo sabe... pero también tengo que agradecerle muchas cosas a “*Paco*” y entre ellas estás tú.

—Perdóname, no he querido disgustarte, pero yo no puedo dejar de culparle y no estoy tan segura de que sea a él precisamente, al que debes el que yo estoy contigo.

—Cariño ¿cómo puedes culpar a un juguete? —Pregunté con ternura acercándola más a mí—. La culpa no fue de nadie, mi hermana se culpa por soltarme de la mano, tú culpas a una excavadora, mi madre se culpa por todo. Yo no culpo a nadie, las cosas sucedieron y ya no hay vuelta atrás, no hay culpables, sólo hay circunstancias...

—Te quiero y de eso tú sí que tienes la culpa —y nos fundimos en un beso largo, apasionado, un beso que puso fin a las preocupaciones.

—¡Bueno si no os importa, podríais dejar algo para cuando estéis en vuestra casa! —Exclamó mi madre que entraba en ese momento por la puerta.

—Mamá, si llamas antes de entrar...

—Hijos, os voy a echar tanto de menos —sus ojos se llenaron de lágrimas, Eva se levantó y se fue a darla un afectivo abrazo.

—Venga, venga, que no nos vamos a la otra punta del país, sólo al otro extremo de la ciudad, podrás venir todos los días, si quieres. Pero a condición de que llames a la puerta —mi voz temblorosa por la emoción, la disfracé con mi mayor sonrisa.

Entre los tres acabamos de meter todas mis cosas en cajas, las colocamos en el maletero del coche y nos despedimos dejando a mi madre desconsolada en los brazos de mi padre, que llegó en ese momento. Yo creo que los asuntos que tenía que resolver ese día, no eran tales, sino una disculpa para no estar presente mientras vaciaba mi cuarto. Nos dirigimos a casa de Eva a recoger las pocas cosas que allí conservaba, ella ya las había dejado preparadas en días anteriores, sólo tuvimos que recogerlas de su casa bajo la mirada desaprobatoria de sus padres, que se despidieron de mí con un abrazo forzado, no así de su hija. Comprobé que aunque no me aceptasen creyendo que yo no era suficiente para su hija, después de todo ningún hombre lo sería, pero si encima era discapacitado... a ella la adoraban y yo con eso tenía suficiente.

Hicimos el camino casi en total silencio mientras yo conducía, por supuesto era un vehículo especial, adaptado especialmente para mí, había descubierto lo mucho que me gustaba conducir y la libertad que me proporcionaba. No podía decirse que estuviésemos asustados, pero sí algo conmovidos por las emociones vividas esa mañana. Cada uno íbamos centrados en nuestras cosas, pensamientos que sólo se veían interrumpidos por breves miradas y sonrisas cómplices.

—Grumito, deja esas cajas y súbete aquí —dije señalando mis piernas una vez llegamos a nuestra casa—. Que tenemos que traspasar el umbral de nuestro hogar, cómo manda la tradición.

—Pero eso es después de haber dado el “*si quiero*”. Y ahora que ya tenemos la casa, tendremos que poner fecha a nuestro matrimonio.

—Ya hablaremos después de eso, ahora vamos a celebrar el comienzo de nuestra vida en pareja...

Nuestros primeros meses de convivencia fueron increíbles, durante la semana ella daba sus clases y yo pasaba ese tiempo enlazando los duros entrenamientos con mis proyectos. Cuando regresábamos a casa ella me sorprendía a diario, tenía una imaginación prodigiosa y conseguía hacerme sentir el hombre más afortunado del mundo. Con ella era fácil olvidar mis limitaciones, a cada pero, ponía una solución. Poco a poco fue adaptando cada estancia a mis necesidades, no había un lugar en la casa que no fuese accesible para mí, incluso la buhardilla que todavía estaba sin habilitar, logramos con su imaginación y mis conocimientos construir con un simple mecanismo de poleas, darme acceso a ella.

Habíamos planeado hacer allí arriba una especie de rincón para ambos, sólo para los dos, en el tejado había grandes claraboyas que le daban una luminosidad extraordinaria y por las noches la luz de la luna entraba creando una atmósfera propicia para una pareja de enamorados.

Los encuentros sexuales cada vez eran más y más ardientes, aprendimos tantas cosas juntos... llegamos a extremos en los que un orgasmo ya no significaba la culminación del placer, el tacto de sus manos en mi cuerpo era asombroso, recorría mi piel en busca de zonas que me provocaban un placer insospechado... internet sin duda se había vuelto su cómplice más fiel, había investigado a fondo casos similares al mío y ponía en práctica conmigo todo lo que allí leía, con resultados, como poco sorprendentes...

Fijamos la fecha de nuestra boda haciéndola coincidir con el mismo día que nos fuimos a vivir juntos, justo un año más tarde. Los preparativos consumían casi todo nuestro tiempo libre y cada vez la fecha estaba más próxima. Eva no me dejaba ver su vestido de novia, en cambio era ella quien había elegido el mío ¡que injusto! Pero las mujeres y sus supersticiones... La verdad sea dicha entre mi madre, la suya y ella no me permitieron tomar muchas decisiones, parece como si las bodas sólo fuesen para las mujeres y siendo sincero casi que lo agradecía, estaban todo el día de arriba para abajo, con nervios, llamadas, las flores, el banquete, la iglesia, bueno esa no, porque la única decisión que tomé a parte de elegir el vino para la comida, fue escoger el lugar donde dar el “*si quiero*”. Casi me proporciona un divorcio antes de casarnos, pero para cabezota, yo.

—¿Tú estás loco? —Gritaba mi madre a coro con su consuegra recientemente aliadas contra mí.

—¡Joder! Ni que hubiese elegido una cantera de piedra para casarme y no me toquéis las narices, que empiezo a reconsiderar una obra en medio de la calle, con sus grúas, plumas, manitú... Eso sí que sería emocionante, el cura subido en la cabina de una excavadora y nosotros pronunciando los votos matrimoniales desde el cazo. ¿Te imaginas, grumito?

Si las miradas matasen, en aquel momento yo hubiese muerto por tres ráfagas de ametralladora automática, siendo alcanzado por cientos de proyectiles que manaban desde sus ojos directos a mi cabeza, en menos de diez segundos, ¿pero no se daban cuenta que estaba bromeando?

—¿Entonces aceptáis que la boda se celebre en el complejo deportivo?

—Leo, por favor entra en razón, cómo vais a celebrar el matrimonio en la piscina—se lamentaba mi madre.

—Mamá no tergiverses mis palabras, no nos vamos a casar dentro del agua, sólo quiero estar cerca del lugar que más satisfacciones me ha proporcionado, en el momento más importante de mi vida. Pero oye, una boda acuática tampoco estaría mal.

Eva estalló en una sonora carcajada ante mi idea y la cara que pusieron las dos mujeres, que se miraban con gesto de espanto y protestando por cómo quedaría el traje de novia sumergido en el agua.

—No le hagáis caso, se está quedando con vosotras, yo estoy de acuerdo con él, me parece una buena idea celebrar allí el enlace.

—Tú también hija —dijeron las dos a la vez—. ¿Has pensado en la humedad que hay allí y si un invitado se cae a la piscina?... no quiero ni imaginarlo —clamaba su madre.

—A ver mamá, ya está todo pensado no tenéis de que preocuparos. Confíad en nosotros —y cómo por arte de magia con sus palabras, las calmó.

—¿Habéis contado con pedir permiso al obispado? —Dijo mi futura suegra con aire de suficiencia, se creía que eso nos iba a amedrentar.

—Por supuesto mamá, ya sabemos que para celebrar una ceremonia religiosa fuera de un recinto sagrado hay que pedir permiso. Es más, si no nos diesen su beneplácito sintiéndolo mucho, la boda sería civil —si pretendían poner objeciones mi grumito se las sabía todas.

—¡Una boda civil, no por favor!

—Pues entonces mamá, reza a Dios para que el obispo vea nuestra boda con buenos ojos —contrarrestó Eva.

Llegó el ansiado día y esa noche Eva me hizo dormir en casa de mis padres, decía que esa era la mejor idea, que esa mañana necesitaba la casa para ella sola y que además tenía que preparar una sorpresa para mí... Con ese argumento me convenció por completo y no rechisté más.

Aquella mañana me desperté añorando el calor al que me había acostumbrado con la presencia de Eva en mi vida, la casa de mis padres era un auténtico caos, mi padre estaba colgado al teléfono ultimando detalles, mi madre no hacía más que dar paseos por toda la casa comprobando una y mil veces que todo estuviese en su sitio, mi hermana no soportando más aquel alboroto, se metió en mi cuarto con la excusa de ayudarme con la ropa. Había venido acompañada de su novio, se conocieron en Londres cuando ella fue a hacer el Master y por el momento se había quedado a vivir allí, hacía meses que no la veía y ahora los dos sentados en mi antigua cama, nos pusimos al día de nuestras vidas.

—¿Quién lo iba a decir, eh? Que mi hermano pequeño, se casaría antes que yo.

—Soy tan feliz, Nuria. Jamás pensé en que algo así me pudiera suceder ¿tú la has visto? Es hermosísima.

—Te lo mereces Leo, la vida que tan injustamente te arrebató las piernas, tenía que encontrar la manera de compensarte y con Eva lo ha logrado —unas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Por favor, no te culpes más, fue un desgraciado accidente. Nuria mírame —le dije al ver como bajaba la vista hacia el suelo, evitando nuestro contacto visual—. Éramos unos niños y no fuiste tú quién me soltó, yo me deshice de tu mano y no me acuerdo muy bien de cómo pasó, pero estoy seguro que tú intentaste impedir que te soltara.

—Todo ocurrió muy deprisa, de repente noté como tirabas de mi mano y cuando miré aquel coche derrapaba en tu dirección —susurraba entre sollozos.

—No llores, no vuelvas a llorar nunca más por lo que sucedió. Me preguntaste que cual sería mi regalo de bodas perfecto, pues es este, deja de llorar, no vuelvas a pensar nunca más en ello. Nuria soy feliz, soy un hombre que está a punto de casarse, he logrado muchas cosas en mi vida, gracias al accidente descubrí la pasión por el agua y cómo puedes comprobar no me ha ido nada mal. Me esfuerzo a diario por superarme, sólo te pido que hagas tú lo mismo y que seas feliz, no por mí, sino conmigo.

—Te quiero Leo, te prometo que intentaré no pensar más en aquel día, pero en mis sueños, ese día se repite una y otra vez.

—Pues te prohíbo soñar conmigo ¡anda que no hay cosas mejores con las que soñar! Y si no... pues no duermas... seguro que tu novio te agradecerá que utilices las noches en algo más divertido.

—¡Leooo, no seas bruto! ¡Qué soy tu hermana mayor, un respeto! —Fingió un repentino enfado al que añadió una palmadita en la nuca—. Hablando de sexo ¿cómo te va en ese aspecto? Nunca más hemos vuelto a hablar del tema.

—Será mejor que no te cuente nada, que no quiero escandalizarte Sor Nuria. Sólo puedo decirte que con ella es especial, consigue hacerme sentir en cada poro de mi piel y cuando ésta —dije señalándome la entrepierna—. No está por la labor, ella con su tacto, sus juegos, sus fantasías, logra que no haga falta tener un miembro activo para culminar un acto sexual.

—¡Vaya! Me dejas sin palabras.

—Hay muchas maneras de sentir y con ella lo aprendo cada día. Explora su cuerpo y deja que él haga lo mismo con el tuyo...

—Vale, vale, vale, hasta aquí llegó esta conversación —dijo no dejándome acabar lo que quería expresarla.

—Nuria no seas ridícula, no pensaba darte detalles, lo que pretendo es que comprendas lo importante que es conocer el cuerpo de tu pareja y que ella a su vez conozca el tuyo.

—Está bien, ya lo has dicho, lo tendré en cuenta —dijo guiándome un ojo—. Pero no creas que me vas a dar ahora lecciones a mí.

—No era mi intención y te recuerdo que has sido tú quien ha sacado el tema, yo no pensaba decirte nada —contesté en su mismo tono burlesco.

Nos dimos un fuerte abrazo dando así por finalizada nuestra conversación. Me ayudó a vestirme como cuando éramos pequeños y se empeñaba en hacerlo todo ella, no protesté como solía hacer años atrás, dejé que me ayudara con la camisa, a colocar la corbata, a la que dio mil vueltas antes de dar el visto bueno y por fin me puso una flor blanca en el ojal de la americana, que según ella era de la misma clase que las que llevaba Eva en su ramo de novia.

Esperé mientras todos acababan de arreglarse mirando las estanterías vacías de mi habitación, recordando los buenos y malos momentos que allí había pasado.

Cuando todos estuvimos listos, nos dirigimos hacia nuestra capilla improvisada, yo iba en el coche con el novio de mi hermana que era el que conducía y con mi madre que sería la que me acompañase hasta el altar como mi madrina. Detrás nuestro en otro coche venían mi padre y mi hermana.

Capítulo VII

Cuando llegamos al complejo deportivo, allí estaban todos mis compañeros, nuestros amigos del instituto, de la universidad y familiares que nos recibieron entre aplausos y vítores. Mi futuro cuñado se dirigió al coche en el que iba mi hermana, sacó de allí mi silla de ruedas y la acercó hasta la puerta delantera donde yo estaba, mi madre que estaba histérica, quería ayudarme a salir, creo que hubiese sido capaz de cogermme en volandas con tal de que ni una mancha debida a un mal movimiento, estropeará el impoluto traje.

Nos adentramos en el que iba a ser nuestro salón de ceremonia, la piscina ese día estaba cerrada al público, era el regalo de bodas de mis compañeros y cómo prometieron estaba perfecto. El acceso a las demás piscinas del complejo estaba delimitado por cordones rojos de terciopelo, en el suelo una alfombra roja flanqueada por farolillos con dos velas blancas de diferentes tamaños, iluminaban el camino hacia el altar. Habían forrado la parte de las gradas donde se colocarían los invitados al igual que el altar, en una delicada tela blanca brillante, decorando cada asiento con una flor en color crema y un fino lazo rosa que las sujetaba a la tela. La piscina donde entrenábamos a diario, estaba cubierta por decenas de pequeñas balsas que portaban gladiolos blancos sobre un fondo floral verde.

—Hijo mío, está precioso —dijo mi madre que caminaba a mi lado agarrada a mi mano.

—¿Qué pensabas mamá? Los chicos prometieron a Eva que convertirían este sitio en el lugar más maravilloso para el día de su boda. ¿Qué te parece? ¡Compartimos tantas cosas y todo lo que han hecho, lo han hecho por ella! —Fingí protestar.

—Sea como sea, es perfecto —decía sin prestarme mucha atención, mirando todo a su alrededor.

Apreté su mano, llamando así su atención, después de todo yo también estaba nervioso.

—Mamá gracias —no pude seguir con el discurso que le tenía preparado un nudo se ató en mi garganta y mis fuerzas se concentraron en no dejar salir las lágrimas que luchaban por derramarse.

Ella se agachó dándome un fuerte abrazo y mi padre que empujaba mi silla, me agarró fuerte de los hombros, al final lágrimas vencieron y fue mi madre la que las recogió en un pañuelo cómo cuando era un niño.

—Tranquilo hijo, todo va a ir bien, creo que va siendo hora de colocarnos en nuestro sitio, casi ha llegado el momento y la novia no puede tardar mucho ya.

—¿No la esperamos en la puerta? —Pregunté confuso.

—No, la esperaremos en el altar, es más los invitados deberían ir ocupando sus sitios para recibirla como se merece, arropada por todos.

—Pero entonces entrará sola.

—No, no lo hará, hijo esto es así, no le des más vueltas y tranquilízate.

Poco a poco los invitados se fueron colocando en su lugar quedando frente a nosotros, los minutos pasaban y ella no llegaba.

—Las novias siempre llegan tarde —me dijo mi madre con una sonrisa.

—Mamá ahora que me voy a convertir en un hombre casado, ha llegado el momento de hacerte una pregunta ¿tú tienes el poder de leerme la mente, verdad?

—Leo, tus ojos son tan expresivos, que con sólo mirarte sé lo que pasa por tu cabeza —me dijo sonriendo, con esa sonrisa calmada que sólo una madre te puede ofrecer. Le devolví una sonrisa nerviosa.

El silencio que reinaba se convirtió en un ligero murmullo cuando ella apareció cogida del brazo de su padre. Estaba preciosa, llevaba un vestido estilo princesa y talle bajo en Mikado. Escote barco y un lazo en el talle a modo de cinturon, su pelo estaba recogido en un elegante moño al que iba sujeto un velo de encaje que se deslizaba silencioso por la alfombra.

Despacio, paso a paso se iba acercando a mí, en su rostro no había ningún signo que reflejase nerviosismo, sus ojos que en ese momento estaban conectados a los míos brillaban como dos esmeraldas, una tímida sonrisa cómplice adornaba su cara, a cada centímetro que avanzaba mi corazón latía más y más deprisa, aquella chica, la más guapa del instituto, hoy iba a convertirse en mi mujer ante los ojos del mundo entero.

Una vez que llegó a mi lado su padre le soltó del brazo, unió nuestras manos y con las suyas envolvió las nuestras, ese fue el primer gesto de aceptación que recibí por su parte en muchos años.

La ceremonia transcurrió con normalidad, algunos llantos y sonoros aplausos cuando pronunciamos el “*Si quiero*” y el cura dijo ya puede besar a la novia. Ella se sentó en mi regazo, me rodeó con sus brazos y nos besamos ante la mirada de nuestros invitados. Recogió su velo entre sus manos y sentada como estaba encima de mí nos dispusimos a traspasar la puerta cómo marido y mujer.

Nuestra sorpresa fue que al salir de las instalaciones, la prensa deportiva estaba allí, nos vimos envueltos entre flashes y micrófonos deseosos de saber detalles de nuestra unión. Contestamos con amabilidad a sus preguntas y nos despedimos de ellos invitándolos al lunch que ofrecimos antes de la comida.

Con Eva todavía sentada en mis piernas, nos dirigimos al coche, para ir de camino al banquete, Nuria, mi hermana y John, su novio, nos acompañaban, ellos iban en la parte delantera y nosotros nos acomodamos bien juntos en la parte de atrás.

—Te he dicho que estás preciosa —la susurré al oído.

—No, no me lo habías dicho, has estado muy callado durante toda la ceremonia, por un momento llegué a pensar que te habías olvidado de hablar —bromeó.

—Estaba reservando mis palabras para dedicártelas en exclusiva a ti —y la silencié con un más que ansiado beso, en toda la mañana no había podido demostrarle mi deseo por ella y no pude contenerme más, devoré sus labios con pasión, olvidándome por completo que no estábamos solos.

—Bueno tortolitos —protestó mi hermana—. Dejad algo para la intimidad.

—Mira para delante y haz como si no estuviésemos —dije separándome levemente de su boca para volver a poseerla al instante.

—Leo por favor, tu hermana tiene razón —me dijo poniendo distancia entre nuestros labios.

—No, no la tiene —la atraje de nuevo a mí, pero ella se resistió poniéndome carita de niña buena y unos preciosos pucheros—. Esta noche cuando estemos a solas, no olvides poner de nuevo esos pucheros... —dije y le dediqué una media sonrisa más que provocativa.

—Esta noche haré que te olvides hasta de respirar nene —me prometió al oído.

Un escalofrío recorrió mi espalda llegando hasta la nuca.

—John da la vuelta, nos vamos a casa —sentenció.

Las risas invadieron el interior del coche y ya no nos abandonaron hasta llegar al restaurante.

Lentamente el día fue llegando a su fin, la alegría, las risas y alguna que otra lágrima fueron las protagonistas del día más feliz de mi vida hasta la fecha. Poco a poco los invitados, empezando por los más mayores fueron despidiéndose de nosotros, las frases y deseos de felicidad se repetían con cada persona que se acercaba. Abrazos, besos, apretones de mano, palmadas en la espalda... y consejos, sobre todo muchos consejos fue lo que más escuché en cada despedida.

Nosotros alrededor de las dos de la madrugada también decidimos abandonar la fiesta, el día había sido muy largo y ya sentíamos la imperiosa necesidad de estar a solas. Cuando abandonamos el local, dejando allí a los más jóvenes, la mayoría eran mis compañeros de equipo junto a otros deportistas que habían querido compartir con nosotros este día, se oyeron a nuestras espaldas algunas salvajadas típicas de tíos, hombres que encima estaban ya un poco pasados de alcohol.

—Leo ya tendrás en posición “*de firmes*” al soldadito.

—Leo recuerda que hoy no estás en una competición, no tendrás que ser el más rápido.

—Eva si ves que te va a adelantar, dile que piense en Mario en la ducha.

—¿Y por qué en mí? ¡Qué piense en ti, capullo!

Cuando cerramos la puerta nuestras risas acompañaban el eco de sus carcajadas y así estuvimos un buen rato riéndonos de las burradas de mis queridos amigos.

—Grumito, siento que hayas tenido que escuchar todas esas barbaridades, yo ya estoy acostumbrado, tendrías que oírlos en los entrenamientos.

—Y apuesto a que tú eres el más responsable de todos ¿a que sí? —dijo arqueando una ceja, esperando una respuesta.

—Por supuesto, yo soy un hombre serio —no pude aguantar más la risa al ver cómo me miraba.

—Cariño, los hombres sois así desde que nacéis, si tú supieses la cantidad de groserías que oigo en el colegio... a veces se me olvida que yo también pasé esa etapa de la vida, pero por mucho que intento recordarlo no creo que fuese como ahora, pero lo que sí que es cierto es que los hombres en ese sentido maduráis muy poquito.

—Ja ja ja a mí me gustaría veros a vosotras en un vestuario solo de chicas, veríamos a ver quién dice más tonterías. Lo que pasa es que vosotras en público sois más discretas, nosotros somos más, digamos...

—¿Infantiles?

—Bocas, somos muy bocas —y reímos de nuevo.

Llegamos a casa, sólo habían transcurrido algo más de veinticuatro horas desde que casi me había echado y ya estaba deseoso de traspasar el umbral.

—¿Me dejas hacer los honores? —Pregunté señalando mis piernas.

—Será un placer —dijo sentándose por enésima vez en ese día en mi regazo.

Entramos por primera vez en nuestro hogar convertidos en marido y mujer, la situación no se diferenciaba mucho del día anterior, pero algo había cambiado, era como si al hacerlo ante los ojos del mundo le diera otro significado aún más importante si cabe.

—Leo ahora tendrás que confiar en mí, prometí darte una sorpresa y así lo haré.

—Llevo todo el día soñando con ella...

—Disfruta de tu sentido de la vista, recreándote en lo que vas a ver, porque en unos minutos dejarás de hacerlo.

Tenía la boca seca, a pesar de todo lo que había bebido ese día, el corazón me latía con fuerza con sólo imaginar lo que había preparado para mí. Empujó mi silla hasta nuestro cuarto, se puso en frente de mí y comenzó a despojarse de todo lo que la adornaba, poco a poco fue deshaciéndose de las horquillas que sujetaban su pelo...

—¿Puedo hacerlo yo? —Pregunté ansioso porque me dejara acariciarla.

—No, hoy no. Observa, imagina mi tacto, siente cómo sería, si fueses tú quien lo hiciera.

—Por favor Eva, necesito tocarte —supliqué.

—Hazlo, pero con tus otros sentidos, hoy no usaremos el tacto, perdón ¡tú no lo usarás! Aprovecha el de la vista, ya te lo he dicho, pronto dejarás de hacerlo.

—Que vas a hacer conmigo... —suspiré.

—Privarte de todo, de todo, menos de mí.

Se dio la vuelta y ante mis ojos se bajó la cremallera de su vestido que cayó a sus pies, dejándola en ropa interior, continuaba de espaldas a mí mientras se quitaba con movimientos provocativos el corpiño que se ajustaba a su cuerpo, apartó el vestido con un ligero movimiento de sus pies y se deshizo de los zapatos. Volvió su cabeza hacia mí, sus ojos llameantes me devoraban, y allí estaba yo hipnotizado por su belleza. Siguió con su juego, bajó sus medias hasta sus talones inclinándose hacia delante, manteniendo sus piernas rectas, dejando ante mí la visión de su redondeado trasero, cuando estaba a punto de acercarme a ella se irguió de nuevo y se dio la vuelta. Me hizo un gesto con su dedo índice, negando mis intenciones... Y desnuda como estaba en ese momento se acercó a mí.

—Ahora prométeme que no intentarás tocarme, si lo haces, esta noche dormirás solo —me amenazó.

—No puedo prometerte eso, cariño es lo que más deseo, ya no puedo aguantarlo más, por favor.

—Confía en mí, tumbate —me ordenó.

Acerqué la silla y con ayuda de mis brazos que soportaban todo el peso de mi cuerpo me senté en cama.

—¡Quieto! —Me quedé inmóvil ante su orden, ella se acercó y sin tocarme un solo pedazo de mi piel me quitó la americana y la camisa, dejando así desnudo mi torso—. Ahora ya puedes tumbarte.

Lo hice. Eva salió del cuarto y cuando volvió traía en sus manos varios objetos que hasta entonces nunca habíamos utilizado. Ató mis manos al cabecero de nuestra cama con un par de esposas.

—Cariño, ¿no te parece que ya es suficiente con que no pueda mover mis piernas, cómo para que también me impidas mover mis brazos?

—No.

Y como estaba haciendo hasta entonces, se deshizo de mis pantalones y mi bóxer sin apenas rozarme.

—Mírame, mientras me toco e imagina que son tus manos las que me acarician —comenzó a pasar sus manos por su cuello, bajando poco a poco por sus pechos, su abdomen, sus muslos y así hasta que no dejó un centímetro de su piel por recorrer. Mi cuerpo estaba reaccionando, sentía dolor en cada uno de mis músculos, estaba tan tenso por no poder tocarla, por hacerla mía, que creí explotar de placer ante aquella visión.

—A partir de ahora no necesitas verme —colocó un antifaz sobre mis ojos, me dejó a oscuras y ahora sólo podía intuir sus movimientos. La excitación era cada vez mayor ¿Qué iba a hacer ahora? Noté como se tumbaba a mi lado y sin tocarme empezó a susurrarme al oído.

—Cariño no te imaginas lo húmeda que estoy, ahora mismo me estoy tocando y si pudieras comprobar como resbalan mis dedos..., veo tu erección y ahora mismo con el mínimo roce tuyo en mi interior estallaría en mil pedazos de placer. ¿Puedes sentir mi cálida humedad envolviendo tu miembro?

—¡Joder sí! Eva por favor —supliqué ansioso.

—Todavía no.

Ella se levantó de mi lado, le oí como cogía algo de la mesilla de noche. Esta vez no sentí que estaba junto a mí, debía estar de pie al lado de la cama porque ésta, no se movió cuando sentí que algo cosquilleaba mi pecho, fue pasándolo por todo mi cuerpo erizando mi piel a su contacto.

Dejé de sentir lo que podría ser una suave pluma en mi piel. Se movía con mucho sigilo porque por más que prestara atención no percibía el más mínimo movimiento, esta sensación de estar indefenso ante ella era increíble, con uno de mis sentidos anulados y la imposibilidad de movimiento, mis otros sentidos estaban alerta. Me estremecí al sentir su boca rodeándome el miembro, sólo duró unos segundos, cosa que agradecí porque un movimiento más de sus labios y todo hubiese acabado...

Me quitó el antifaz, mis ojos se acostumbraban poco a poco a la luz tenue que nos rodeaba, mientras eso sucedía me libró también de las esposas... pero por poco tiempo.

—Vamos a probar algo, ponte boca abajo—. Obedecí sin más, ató mis pies con las esposas a los pies de la cama.

—Cariño esto ya... creo que es innecesario —rei.

—Yo creo que no, para lo que tengo pensado, necesitarás que tus piernas aunque ya inmóviles, no puedan seguir el movimiento de tu cuerpo... Hoy serás tú quien me poseas.

Con mis brazos levanté mi cuerpo dejándolo suspendido en el aire para que Eva se colocase debajo de mí. Agarró mi miembro y se lo introdujo, ya habíamos intentado aquello otras veces, pero mi cuerpo se negaba a colaborar... Me atrajo hasta ella y me besó, poniendo toda la pasión y el sentimiento que hasta ese momento sólo me había dejado disfrutar, primero con la vista y después con el oído.

—Cariño ahora te toca a ti.

Comencé a balancear mi cuerpo con la fuerza de mis brazos y mi sorpresa fue que mis piernas no se desplazaban hacia adelante, las esposas lo impedían, por lo que pude continuar con mis investidas una y otra y otra y otra vez...

Ella pronunció repetidamente mi nombre cuando empezó a convulsionar.

—Leo, Leo te quiero, te quiero Leo...

—Evaaaa —brotó de mi garganta cuando estallé derramándome en su interior.

Me dejó caer sobre ella.

—Grumito, esto tenemos que repetirlo...

Capítulo VIII

Volvimos de nuestra luna de miel por Londres, mi hermana se ofreció a ser nuestra guía en sus ratos libres, que por suerte para nosotros fueron pocos. Eva se enamoró de esa ciudad, cada día terminábamos en el puente de Las dos torres, decía que era un lugar mágico y que nuestra próxima visita sería en invierno, cuando todas sus calles estuviesen nevadas. Me reí de sus ocurrencias... tendría que adquirir unas cadenas.

Nuestro primer año de casados fue como una prolongación de nuestra luna de miel, las cosas no podían ir mejor. Yo sólo deseaba que llegase la tarde para tenerla a mi lado, cuando eso sucedía y yo estaba completo, no necesitaba nada más.

Faltaba poco más de un año para las olimpiadas de Londres 2012 y yo estaba muy entregado a los entrenamientos, tenía que prepararme muy bien físicamente, si quería superar las medallas conseguidas en las anteriores olimpiadas y despedir mi carrera como deportista de élite, dejando mi nombre bien situado en el palmarés.

Entonces todo fue transcurriendo paulatinamente, yo llegaba exhausto a casa y ella cada vez pasaba más horas en el ático, pese a que nuestra idea inicial fue convertirlo en nuestro rincón especial, al final decidimos que ese era el lugar ideal para que Eva tuviese un espacio propio en casa, ya que el resto de las habitaciones estaban acondicionadas para mí, ella después de todo se lo merecía.

Pero todo empezó a cambiar, cuando bajaba de la buhardilla muchas noches era ya bien entrada la madrugada, yo fingía no darme cuenta haciéndome el dormido, pero sabía que algo me ocultaba, no era propio de ella pasar tantas horas frente al ordenador. Un día no pude más y le pregunté mientras desayunábamos:

—Eva ¿qué sucede?

—Nada cariño ¿a qué viene esa pregunta?

—Por favor no te hagas la tonta conmigo, cada día pasas más horas allí arriba y no me importaría... si por lo menos las noches... las pasaras completas conmigo.

—¿Qué estás insinuando? —Preguntó muy ofendida.

—No insinúo nada, sólo pregunto. Si pasa algo, me gustaría saberlo.

—¿Y que se supone que pasa, según tú? —Inquirió aún más molesta.

—No lo sé, por eso te lo pregunto, apenas pasamos tiempo juntos, todo era maravilloso hasta que...

—¿Hasta que, qué?

—¡Hasta que tú empezaste a pasar horas y horas en el dichoso ordenador! ¡Sabe Dios lo que estarás haciendo! —Exclamé furioso.

—No sé lo que imaginas que hago, pero te aseguro que sólo es trabajo. Es un proyecto nuevo que tengo en mente.

—Si sólo es trabajo ¿Te importaría compartirlo conmigo? —Pregunté con ironía.

—Sí, si me importa y no lo voy a hacer, es algo de lo que tú de momento y digo de momento no formas parte, es algo que no te incumbe, pero tranquilo más pronto que tarde te enterarás —bufó furiosa.

—¡No me jodas Eva! Si es trabajo no tienes por qué ocultármelo, hasta ahora lo habíamos compartido todo, no veo la razón para que te andes ahora con misterios.

—¡No puedes comprender que es algo mío!

—Pensé que todo lo mío y lo tuyo... lo habíamos convertido... en nuestro —dije acabando la frase casi en un susurro.

—Mira Leo, piensa lo que quieras, estoy cansada, apenas duermo y no pienso discutir este tema contigo —y se marchó de casa a trabajar con lágrimas en los ojos.

Ese día llamé a mi entrenador y fingí estar enfermo, tenía algo más importante que hacer, subí a la buhardilla ayudado de nuestro invento con poleas y encendí su ordenador...

—¡Joder, tiene clave! ¿Si no oculta nada por qué tiene que poner una contraseña? —Maldije en voz alta.

Probé con fechas señaladas, palabras al azar y nada, estaba allí frente a una pantalla encendida que sólo sabía repetir las mismas palabras. *Su contraseña es incorrecta, si la ha olvidado, puede solicitar una nueva visitando la página de Microsoft...*

—¡Sí, pues ya me dirás cómo si no puedo acceder, maldito ordenador! —A punto estuve de destrozarlo de un puñetazo cuando de repente, supe cuál era la clave—. ¡Grumito!

Abrí el historial y navegué por todas sus últimas páginas visitadas, algunas eran sobre discapacitados, pero aquellas otras... Dios mío no podía creer lo que estaba viendo...

—¿Qué estás haciendo, Leo? —Preguntó con voz triste a mis espaldas—. No podía soportar estar enfadada contigo y menos por una tontería. He pedido el día libre para venir a casa y me encuentro esto...

—¡Tontería! ¿Te atreves a llamar a esto tontería? Se me ocurren unos cuantos calificativos para esto y desde luego tontería no es ninguno de ellos. ¿Qué tal infidelidad? O ¿Burla?

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—¿Loco? Loco estuve al atreverme a soñar que lo nuestro podría funcionar, loco estuve cuando aparté de mi mente todos esos pensamientos que me decían que algún día te ibas a cansar de mí. Loco sí, pero de amor... amor que acabas de destruir.

—Por favor déjame que te lo explique —rogaba entre sollozos, aquellas lágrimas me hubiesen partido el alma, de no haber sido porque hace unos minutos... me la había destruido por completo.

—No quiero explicaciones, ya he visto suficiente, en un par de meses serán las olimpiadas, intentaré olvidarme de todo hasta que pasen, después tomaré una decisión.

—No vas a escucharme ¿verdad? —Seguía llorando.

—No, no lo voy a hacer, no quiero ninguna explicación, me sobra y me basta con lo que he visto.

—¿Sabes? Quizás después sea demasiado tarde, cuando te des cuenta de tu error, puede que sea yo la que ya no quiera darte ninguna explicación y no acepte tus disculpas.

—¿Mis disculpas? Perdóname, pero no he sido yo el que he andado zorreando por internet, buscando lo que no encuentras en tu casa, buscando hombres... ¡hombres completos! —La grité en su cara descompuesta, fuera de mis casillas.

—No tengo más que decir —y se marchó dejándome allí, derrumbado, destruido, mi cuerpo inválido no significaba nada en comparación con un alma quebrada por el dolor, rota por la traición.

Bajé del ático y la vi hacer sus maletas.

—¿Qué haces?

—Después de todo lo que me has dicho, no pensarás que voy a quedarme aquí ni un minuto más.

—¿Te vas con él? —Pregunté con un nudo en la garganta.

—Sí —contestó con brusquedad—. Me voy de aquí para ir a terminar lo que he empezado.

—Entonces es verdad, ya no lo niegas, hay otro.

—Diga lo que diga, vas a creer lo que quieras, así que, sí, me voy con él. Te voy a decir algo, no creo que te sirva de consuelo, pero ahora mismo es la única explicación que te voy a dar. Esta relación que he establecido a través de internet tiene los días contados, es más, no creo que dure mucho más allá de un par de meses. Es alguien que conoces, le busqué, le pedí ayuda, me la dio, nunca pensé que te enterarías de esta manera, pensaba contártelo... y todo esto hubiese quedado en una anécdota divertida.

—¡Anécdota! Eva, no me tomes por idiota por favor, nunca lo has hecho y ahora encima de que me engañas, pretendes que lo tome como una anécdota. Sí lo que pretendías era humillarme, no lo sigas intentando, ya lo has conseguido. Agradezco tu sinceridad. ¡Que seas muy feliz! —Bramé.

—Leo sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero me has juzgado sin dejarme opción a defenderme, esto lo has originado tú. Ahora antes de irme te pido un último favor, concéntrate en las olimpiadas, deja el nombre de España muy alto ante los ojos del mundo. Cuando vuelvas, si quieres y si has conseguido perdonarme ven a buscarme, yo no lo haré, yo di el primer paso que me llevó hasta ti, ahora piénsalo, tú decides si quieres dar el último —cerró su maleta y se fue por el pasillo sin volver la vista atrás. Juraría que entre el ruido que hacían las ruedas arrastrándose entre las tablas se coló un—. Te quiero.

Sobreviví aquellas semanas antes de las olimpiadas gracias al apoyo constante de mi familia, que se ocupó de mí como cuando era un niño, mi madre no se separó de mi lado en ningún momento, volví a casa... El día que cerré la puerta de aquel hogar en el que había vivido los tres años más felices de mi vida, dejé allí enterrado el dolor, ya volvería a buscarlo más adelante, sólo tenía que apartarlo de mi vida unos días más... unas semanas más.

En la última semana de agosto, cogí un avión junto con mis compañeros que nos llevaba a Londres, los juegos que empezaban el día 29 de agosto y daban su fin el 9 de septiembre. La alegría y las ansias de victoria predominaban en ambiente, me dejé contagiar a medias, yo sólo quería que aquello acabase cuanto antes para volver a buscar mi dolor, a regocijarme en él.

Llegó el día de mi intervención en los juegos, participaba en más de una categoría, pero debutaba en mi especialidad, el estilo libre. Centré toda la rabia y furia contenida en mis brazos y cuando sonó el aviso que daba comienzo, sentando en el bordillo de la piscina me impulsé con fuerza y me lancé al agua. Braceaba con violencia, mi respiración se volvió acompañada con mis movimientos, en mi cabeza se repetían una y otra vez las mismas palabras, “*deja el nombre de España muy alto ante los ojos del mundo*”. Y así lo haría... el primer largo estaba completado, vuelta y a nadar braceando con fuerza de nuevo, el corazón me latía con el mismo vigor que mis brazos luchaban por avanzar en el agua, había perdido de vista a los demás competidores, no veía a nadie más, sólo estábamos mis recuerdos, el agua y yo... Me alcé con la medalla de oro en ese estilo, dos más de plata en la categoría de espalda y otra en mariposa.

España en los Juegos Paralímpicos de Londres 2012, estuvo representada por una delegación de 228 personas, de las cuales 142 eran deportistas participando en 15 deportes.

España terminó su participación en estos juegos paralímpicos con 83 diplomas paralímpicos y 42 medallas, 8 de oro, 18 de plata y 16 de bronce, consiguiendo el puesto 17 en el medallero general.

Cuando finalizaron los juegos olímpicos pasé unos días con mis padres y mi hermana en Londres yo había insistido en volver a casa cuanto antes, pero me convencieron para pasar unos días todos juntos. Mi hermana se había establecido definitivamente en aquella ciudad y nos había sorprendido a todos con su futuro matrimonio.

—Leo ¿Qué vas a hacer ahora? —Me preguntó mi hermana en la primera ocasión que nos dejaron a solas.

—No lo sé, supongo que volveré a casa con mamá y papá.

—Deberías hablar con Eva, no puedes seguir así, se nota a distancia que todavía la adoras, quizás puedas perdonarla.

—Nuria, el perdón llego en el mismo instante en el que ella salió por la puerta, la quiero con toda mi alma, pero ella... me traicionó y sé que en algún momento de nuestras vidas eso volverá a golpearnos con fuerza. Será mejor que sigamos cada uno con nuestro camino. No estoy dispuesto a pasar otra vez por lo mismo y si lo ha hecho una vez, volverá a hacerlo, volverá a cansarse, necesitará algo más y yo no voy a poder soportarlo.

—¿Y sí te equivocas? ¿Y sí sólo ha sido un desliz sin importancia? ¿Lo has pensado?

—No he hecho otra cosa que pensarlo durante los últimos meses, he imaginado infinidad de situaciones y todas acaban igual... *volverá a hacerlo*. Aunque consiguiéramos olvidar, la espada de Damocles estará siempre sobre mi cabeza, la duda, la desconfianza permanecerá de por vida, la duda corroe, sólo lograría ser aún más desgraciado. Prefiero vivir sin ella y por lo menos intentar vivir, que no estar a su lado desconfiando a cada momento de sus actos.

—Quizás tengas razón, pero habla con ella, déjale que te explique porque lo hizo, que la llevó a tomar esa decisión, estoy convencida que si los dos ponéis de vuestra parte, no tiene porqué repetirse la historia.

—Dame un poco más de tiempo, déjame coger las fuerzas suficientes para enfrentarme a ella y poder hablar sin reproches, sin rencores...

—Te quiero mucho hermano.

—Y yo a ti. No te preocupes más por mí, saldré adelante, siempre lo he hecho, ahora es tu turno de ser feliz. Tienes que organizar una boda y prepárate para aguantar a mamá todos los días al teléfono, dejarla al mando hermana, ha sido tu mayor error.

—¡No seas así! Yo quiero casarme en España, pero no puedo permitirme estar allí organizándolo todo, seguro que hará un buen trabajo y ayudada por ti, tendré la boda de mis sueños.

—Eso no lo dudes.

Capítulo IX

Volvimos a España y decidí pasar unos días en mi casa, quería descansar, pensar y poner en orden mi vida, por una vez mi madre no opuso objeción alguna.

Cuando llegué esperé encontrarme con un silencio atronador, con un ambiente frío, oscuro, con una casa vacía, sin alma, pero me equivoqué, se oían voces que provenían del salón, con mucho cuidado de no hacer el menor ruido impulsé la silla... Mi pulso se aceleró al imaginar quién estaba allí, y lo peor con quién estaría ella. Recorrí el largo del pasillo en menos de dos segundos, pero mi corazón había llegado antes que yo, abandonó mi pecho con sus aceleradas palpitaciones en busca de los latidos que un día se estremecieron al compás.

Allí se encontraba Eva, dormida, acompañada por el murmullo del televisor, arropada por una manta. Me aproximé a ella, tenía que mirarla de cerca, respirar su aroma, sentir el calor que despedía su cuerpo... Y no me equivoqué cuando supuse que no estaría sola, no lo estaba y su compañía no podía ser mejor, "Paco", mi excavadora, velaba su sueño cogido a su mano. Decidí no despertarla, tenía aspecto de estar muy cansada, las ojeras eran muy pronunciadas bajo sus ojos, apagué el televisor y me marché en completo silencio a la que un día fue nuestra habitación. Yo también necesitaba descansar por lo que me tumbé en la cama sin cerrar la puerta para poder oír su respiración, la acompasé a la mía y me dormí.

Cuando desperté era ella quién me observaba.

—Hola Leo.

—¿Qué haces aquí? Pensé que habías abandonado nuestro hogar para irte con tu amante —le espeté duro, aunque en mi corazón no sentía ni una de las palabras que salían por mi boca. Estaba feliz por verla, pero...

—¿Vas a seguir, reprochándomelo toda la vida? —Ahora era ella quién me atacaba.

—¡Por lo menos podrías negarlo! —Exclamé, pero en el fondo deseaba que me mintiese, que me dijese que todo había sido un error, que me quería...

—¿Y de qué serviría? Tú ya me has condenado y sólo he venido a mostrarte esto.

De repente mis ojos se fijaron en su mano que portaba unos papeles... <<ya está se acabó, le prefiere a él>> —pensé abatido.

—Tenemos que hablar —dijo agitando ante mis ojos el montón de papeles.

—Lo entiendo, no te preocupes, no pondré ninguna objeción, los firmaré y me iré —dije abatido.

—¿No piensas leerlos, antes de firmar? —Preguntó, pero en su voz ya no existía ningún rasgo de dureza, al contrario, tenía el tono amable y dulce, de siempre. Me los acercó y los eché una rápida ojeada.

—¿Qué significa esto? —Pregunté incrédulo por lo poco que había leído.

—Si quieres te lo puedo contar desde el principio, eso sí, cabe la posibilidad de que no te guste lo que tengo que decirte.

—Aun así, correré el riesgo, por favor necesito saberlo todo.

—¿Prometes comportarte?

—Lo intentaré.

—¿Te acuerdas de Faruk, el jinete de doma clásica? Todo empezó el día que me lo presentaste. Atraída por sus costumbres arábigas me puse en contacto con él, y una cosa llevó a la otra.

—¡No podía ser con otro, verdad! Tenía que ser con un árabe de ojos negros, guapo, multimillonario y con todas sus capacidades físicas... ¡intactas! —

Exclamé alzando la voz, con mis ojos llenos de ira.

—Lo has prometido —me dijo con voz pesadosa.

—Lo siento, continúa.

—Pues empecé a hablar con él por Facebook, mi interés principal en aquel momento era conocer de primera mano su cultura, sus costumbres, sus leyendas.

Te juro que sólo sentía curiosidad, no buscaba nada, nunca lo he buscado.

—Pero claro, te dejaste seducir... —inquirí con dureza.

—Si te vas a comportar así, mejor me callo y me voy.

—¿Te puedes poner en mi piel por un momento? ¿Cómo te comportarías tú si estuvieses en mi lugar? —Pregunté casi perdiendo de nuevo los estribos.

—Si he prometido comportarme, lo mínimo, escucharía sin juzgar y cuando acabase el interlocutor, diría todo lo que tengo que decir.

—Sigue entonces.

—Bueno, pues sin seducción posible, me dejé atrapar por su mundo... las noches se hacían cortas frente al ordenador, sólo deseaba llegar a casa para ponerme frente a él y continuar donde lo habíamos dejado el día anterior.

—No quiero escuchar más. Ya tengo más información de la que puedo asimilar, pero eso no explica los papeles que tengo en la mano.

—¿Confías en mí? ¿Recuerdas nuestra noche de bodas? Cierra los ojos, no pienses, no interpretes, sólo escucha y déjame que te lleve a un mundo desconocido.

—No puedo de verdad, no podré soportarlo.

—Todo es cuestión de confianza, piensa en los papeles que tienes en tu mano y usa la imaginación... ¿Confías en mí? —Repetió su pregunta.

—Sí —afirmé con dudas, tenía razón, los papeles que portaba entre las manos no eran lo que yo sospechaba ya que eran una especie de contrato, pero aun así ¿qué pintaba Faruk en todo esto...?

—Bien pues si es así continuo. Después de hablar noches y noches con él, me decidí a dar el salto. No puedo negarte que siempre me atrajo la idea de lanzarme, pero hasta entonces me había faltado el valor necesario y animada por Faruk lo hice.

—¿Cuando lo tenga cara a cara, pienso matarle! Es más estoy pensando en ir a buscarle ahora mismo.

—Cuando me marché de casa —continué ignorándome por completo—. Después de nuestra discusión, quedamos en que un día tomaríamos un café juntos, él se había enamorado de mí, le rechacé, pero la cosa no quedó ahí... Tras mi rechazo, mandó a buscarme, llevándome a su país a la fuerza.

—¡Que te secuestró! Eso no me lo trago —la interrumpí de nuevo y reí sarcástico—. Faruk puede ser cualquier cosa, arrogante, soberbio, chulo, pero de ahí a cometer un delito, ¡no, me niego a créelo!

—Ahora que te niegas a creerlo, escucha con atención, estás un paso más cerca de descubrir por ti mismo la verdad, Leo siempre has sido el único —me dijo con una sonrisa.

Y de pronto lo comprendí todo, tenía la solución en mis manos... cerré mis labios y la dejé continuar sin volver a interrumpir

—Me tenía retenida en una habitación, me dijo que me mantendría allí hasta que cambiase de actitud, hasta que aceptase que él era mi dueño y podía hacer conmigo lo que le diese la gana. Lloré durante días, incluso me negué a probar bocado, pero a pesar de que Faruk no pasaba por mi habitación nunca, sus mujeres, las pertenecientes a su harén, venían a verme, me peinaban, me aseaban, me vestían contra mi voluntad... Al fin y al cabo su tarea era mantenerme con vida.

Un día decidí que tenía que escapar de allí, por lo que tramé un plan, fingí cambiar de actitud, les hice creer que había cedido. Empecé a alimentarme, no ponía resistencia cuando venían a asearme y así comenzó mi iniciación.

Yo seguía allí metida y no sabía por cuanto tiempo, Faruk había dado órdenes estrictas de que nadie mantuviese conversación ninguna conmigo, él decidiría cuando acabaría mi castigo, debido a mi tozudez inicial, el cual siguiendo mis planes acepté sin poner más resistencia, mostrándome sumisa y agradecida por los alimentos y los cuidados que me procuraban.

Un día las cosas empezaron a cambiar, recuerdo que aquella mañana entraron dos mujeres jóvenes, hasta entonces no las había visto nunca, llenaron la bañera que había en el cuarto, aromatizaron en agua con aceites, la habitación empezó a oler a canela, vainilla, sándalo entre otras cosas, era embriagador. Me quitaron la ropa y metieron mi cuerpo desnudo en el agua tibia, cerré los ojos y me dejé envolver por todos aquellos aromas. Aquellas mujeres pasaban sus manos por mi cuerpo, prestando atención a zonas de mi cuerpo que hasta entonces ninguna de las anteriores había tocado. Quise negarme, pero me detuve a tiempo, pensando en que si evitaba el contacto, todos mis esfuerzos de los días anteriores no habrían servido para nada.

Una de las mujeres, cogió un pequeño mando que había en la misma bandeja en la que trajeron los aceites, apretó un botón y la pared opaca que se encontraba enfrente de nosotras, desapareció convirtiéndose en un espejo. Volvió a colocar el mando en la bandeja y cogiendo un frasco que hasta entonces no había utilizado, se impregnó las manos en una especie de aceite más denso. Sin más preámbulos, acarició mi entrepierna con aquella sustancia, ella me sonreía y si no estaba ya bastante sorprendida, las dos mujeres se empezaron a besarse jugando con sus lenguas delante de mis ojos. No quise mirar más, fingí dejarme vencer al placer sumergiendo mi cabeza en el agua, dejé solo mi boca y nariz fuera del agua y ellas continuaron con su juego.

De repente noté cómo una de ellas besaba mis labios, no quise abrir los ojos para comprobar quien era, la otra mujer besaba mis pezones y los movimientos de su mano en mi sexo comenzaron a acelerarse, por mucho que intenté resistirme al final, me rendí ante aquella explosión de sensaciones.

—Eva...

—Pasaron dos días en los que sólo entraban las mujeres que lo habían hecho en un principio, me dejaban comida, bebida, me acicalaban y se iban, pero por fortuna no volvieron a tocarme. Pero aquella tarde, estaba leyendo uno de los libros que se encontraban en aquella habitación cuando de repente algo cambió, el espejo en el que se había transformado la otra mañana la pared opaca, volvió a cambiar, esta vez se convirtió en una especie de ventanal, ofreciéndome las vistas de una habitación contigua. Era una habitación en tonos naranjas y rojos, el suelo estaba cubierto por grandes alfombras y decenas de cojines de diferentes tamaños, todos en los mismos tonos que las paredes.

Me quedé mirando por aquel ventanal, observé todo con detenimiento, después de todo, llevaba demasiado tiempo encerrada entre aquellas cuatro paredes y puede parecer una tontería, pero ver algo distinto supuso una inyección de positivismo para mí.

No sé cuánto tiempo llevaba observando aquel cuarto, cuando Faruk apareció rodeado de cuatro mujeres, me di la vuelta de inmediato y entonces lo comprendí todo, el espejo le había proporcionado una vista de lo que sucedió aquella mañana y ahora él hacía lo mismo conmigo, pero yo no estaba muy segura si ellos podían verme a mí también. Si comprobaba que me negaba a mirar, eso aumentaría mi castigo otra vez. Así que puse en el suelo los cojines que estaban encima de mi cama, me acomodé en ellos y me dispuse a mirar, no reconocí a ninguna de las mujeres que estaban con él, ellas comenzaron a desnudarle, una le besaba los labios, otra le acariciaba las partes desnudas que iban descubriendo ante mis ojos.

Una vez estuvo desnudo las habló, por supuesto no escuché nada de lo que había dicho, pero dos mujeres empezaron a besarse ante sus ojos y las otra dos se dedicaron a él en exclusiva.

Mi cerebro comenzó a traicionarme, recordando los olores que hacía dos días envolvían el cuarto, las sensaciones que aquellas mujeres provocaron en mí, el morbo se apoderó de mi cuerpo y uniéndome a ellos me desnudé yo también, imagine sus manos tocándome...

Veía como ellos gozaban de sus cuerpos, acariciándose, besándose, yo imitaba sus movimientos en mi piel, en mi sexo... una de las mujeres se metió el miembro de Faruk en su boca, aunque no lo oía pude imaginar viendo su rostro, el ronco quejido que profirió ante el placer que le estaba proporcionado y yo misma estallé con él en un orgasmo devastador. Me quedé allí tumbada durante un buen rato, saboreando los últimos rescoldos del placer por el que me había dejado arrastrar. Acaricié mi cuerpo, buscando un calor que nadie me iba a proporcionar después de aquella sesión de sexo, que había disfrutado.

—Grumito, lo siento, siento tanto haber sido un gilipollas, lamento no haberte dejado darme explicaciones, ahora lo entiendo todo ¿podrás perdonarme algún día?

—Pasada aquella tarde —me ignoró de nuevo intencionadamente, aunque después de todo, me lo merecía—. Transcurrieron otros dos días en los que sólo me visitaban las dos mujeres del principio. Como de costumbre, me peinaban, me vestían, dejaban la comida y se iban. Pensé que tras esos dos días algo nuevo pasaría, pero me equivoqué, desde que estaba allí, no hacía más que confundirme en todo, nada tenía un sentido, no existía ningún patrón de conducta, lo que cada vez me proporcionaba más ansiedad, temía que todos mis esfuerzos se echaran a perder si daba un paso en falso. Los días pasaban y nada cambiaba, hasta que una mañana se abrió la puerta..., yo esperaba lo de siempre, pero en esa ocasión, errada de nuevo, fue Faruk quien apareció. Sin decirme ni una sola palabra dejó algo de ropa en mi cama y se fue.

No dejó ni comida ni bebida, pero a cambio dejó la puerta entreabierta, me vestí a toda prisa con la ropa que me había proporcionado y salí de aquella habitación, no sabía lo que me iba a encontrar, pero cualquier cosa serviría con tal de salir del encierro al que había sido sometida. Mis ojos se abrieron como platos al traspasar la puerta, creí que al hacerlo, me encontraría con un largo pasillo forrado de mármol y grandes columnas fabricadas en el mismo material, pero frente a mí se encontraba un hermoso jardín lleno de flores de todos los colores. El sol que se me había negado durante tantos días, penetró en mis poros dándome el calor que tanto echaba de menos, cerré mis ojos, levanté mi cabeza hacia el cielo y me deje bañar por la cálida brisa.

—¿Estás preparada? —Me sorprendió con su ronca voz.

—Sí señor —dije, no sabía cómo tenía que hablarle y opté por la sumisión.

—No eres mi esclava, no tienes que tratarme así, lo que pretendo es convertirte en mi mujer, todo esto ha formado parte de mi cortejo.

—¿Puedo hablar con sinceridad sin miedo a ser de nuevo castigada?

—¿Castigo? ¿Esto para ti ha sido un castigo? —Preguntó confuso.

—Faruk, privar a las personas de libertad, creo que puede denominarse así.

—Estás confundida tu puerta siempre ha estado abierta, si no has salido es porque no te ha dado la gana.

—¡Cómo! —Exclamé furiosa.

—Lo siento, pensé que lo sabías, creí que estabas enfadada por cómo te traje hasta aquí y no querías verme, por eso me he visto obligado a convencerte a salir.

—Estoy cabreada y mucho, por eso y por muchas cosas más... —me obligué a calmarme o lo iba a echar todo a perder ahora que estaba tan cerca de mi libertad.

—Si sigues tan enfadada puedes volver a tu habitación, pero he pensado que dar un paseo en caballo te vendría bien.

—No por favor, cualquier cosa menos volver ahí dentro.

Caminé detrás de él cruzando el jardín, se detuvo ante una fuente de la que manaban chorros de sus laterales que acababan juntos en el centro.

—También he pensado que antes de ir a cabalgar te gustaría tomar algún alimento.

Y al otro lado de la fuente se encontraba una mesa redonda de forja con dos sillas haciendo juego, acolchadas por cojines que combinaban a la perfección con las flores del jardín. En la mesa había un frutero que contenía todo tipo de frutas exóticas, algunas era la primera vez que las veía y estaba deseando probarlas. A su lado se encontraba una tetera que desprendía un olor desconocido hasta entonces para mí.

—Huele muy bien ¿Qué tipo de té es? —Pregunté acercándome a la mesa con la intención de sentarme, estaba hambrienta y aquellas frutas tenían un aspecto increíble.

—Es un té negro con trocitos de naranja y aromatizado con canela, supuse que el té moruno al no estar acostumbrada, resultaría muy fuerte para ti.

—Gracias es todo un detalle —reconocí y por una vez me mostré sinceramente agradecida.

Disfrutamos juntos del desayuno en silencio, yo por mi parte no sabía que decir para no provocar de nuevo la tensión entre nosotros, él me observaba con un gesto sereno, tranquilo, podría decirse que hasta tierno. Sus ojos negros no se perdieron detalle de mis movimientos. Su tez morena se veía tranquila, no mostraba ninguna arruga que delatase preocupación o enfado, sus labios carnosos estaban curvados en una permanente sonrisa. Una vez estuve satisfecha me levanté seguida por Faruk.

—¿Te apetece dar ahora ese paseo? —Preguntó con amabilidad.

—Si —fue lo único que pude decir al verme traspasada por aquellos intensos ojos negros que me miraban, las imágenes de él con aquellas mujeres vinieron de pronto a mi memoria y un cosquilleo invadió mi cuerpo.

Me agarró de la mano con suavidad, pero seguro de su acto, su tacto en mi piel era cálido y un millón de pequeños impulsos eléctricos comenzaron en mis dedos atravesándome todo el cuerpo. Me llevó hasta donde nos esperaban sus caballos, eran dos sementales color champán, su pelaje brillaba bajo los rayos de sol, tenían una gran alzada, eran majestuosos, elegantes, jamás había visto unos ejemplares como aquellos dos.

Me proporcionó una especie de pañuelo blanco que anudó a mi cabeza, dejándola protegida de los fuertes rayos de sol, que a esa hora caían bajo... en ese

momento caí en la cuenta que no sabía dónde me encontraba, estaba perdida en el desierto... en algún lugar de Arabia Saudí, después le preguntaría. Con su ayuda me subí en uno de los caballos, una vez que se aseguró de que estaba cómoda, él se montó en el otro. Comenzamos con un ligero trote bajo las arenas del desierto.

—¿Estás seguro de que sabes dónde vamos? Si miras al horizonte sólo se ve arena por todos los sitios.

—Tranquila, siempre voy equipado con un sistema de GPS, en caso de que nos perdamos, algo más que improbable, mis hombres vendrán a buscarnos, pero no debes preocuparte, apenas nos alejaremos un par de millas del palacio. Voy a mostrarte un oasis, es artificial, diseñado por mí, pero a partir de hoy será nuestro oasis particular.

—Y supongo que a todas las traerás aquí para rendirlas a tus pies. O tal vez fabricas uno... —detuve mi pregunta al ver cómo me miraba, bajo el pañuelo blanco que también cubría su cabeza, sus ojos me penetraron con dureza.

Y allí descubrí al verdadero Faruk... el amante perfecto, delicado, siempre más preocupado por mí placer que por el suyo propio, atento hasta el más mínimo detalle, se ocupó de mí regalándome cientos de tiernas y delicadas caricias, regándome de besos, proporcionándome un placer con cada roce hasta ese día insospechado, me quería e iba a hacer lo que estuviese en su mano para que permaneciese a su lado. Nos amamos durante horas bajo la fresca brisa que nos proporcionó la abundante vegetación que nos rodeaba a nosotros y a aquel lago artificial donde nos sumergimos después de cada una de las veces que hicimos el amor.

Epílogo

—¿Qué te ha parecido la historia?

—Llámame morboso, llámame vicioso, llámame como quieras, pero ahora mismo lo que tengo es un calentón... que hasta yo mismo estoy asustado.

—Si algo he aprendido de Faruk, es que todo mal comportamiento por una interpretación de los hechos errónea, lleva su castigo y el tuyo será no ver satisfechas tus más que obvias necesidades —dijo riéndose señalando aquel bultito que se manifestaba bajo las sábanas.

—Aceptaré cualquier castigo con tal de que me perdones.

—Leo, no sabes por todo lo que me has hecho pasar, yo sólo quería darte una sorpresa, si no te dije nada en su momento fue por el miedo al fracaso y a que todo mi esfuerzo quedase... en nada.

—Cariño tu sólo luchabas por ver cumplido tu sueño y yo lo estropeé todo.

—A lo mejor no debí guardarme el secreto, pero estaba tan ilusionada al pensar en que esto pudiera pasar... que tan sólo pensaba en mí y en lo orgulloso que estarías cuando te lo contase.

—Pero estos papeles significan que lo has conseguido ¡has firmado un contrato con una editorial! —Exclame orgulloso de mi mujer.

—De momento es el borrador, lo recibí ayer, si estoy de acuerdo con todas las cláusulas la semana que viene empezarán los trámites para publicar mi primera novela erótica.

—¡Qué tonto he sido! Al ver aquellas conversaciones, yo pensé que tú y él...

—Te rogué que me escucharas, pero estabas tan cegado que no entrabas en razón, he intentado llamarte en varias ocasiones, pero ¿sabes? Yo también tengo mi orgullo y tu desconfianza hacia a mí, sólo pensar que habías dudado por un instante de mí... mi ego no me permitía darte una explicación.

—Sólo te documentabas con un amigo —me lamenté suspirando.

—Sí, lo único que hizo fue contarme alguna de las historias más románticas que forman parte de sus leyendas, bueno y alguna que otra aventura personal...

—¿Eh, me estás diciendo que Faruk, tiene un harén?

—Cariño, no voy a responderte a esa pregunta ni ahora ni nunca, en mi novela hay parte de leyenda y parte de realidad, pero jamás diré cuál es la que predomina. Faruk me hizo prometer que no revelaría nada de lo que me había contado. Ni tan siquiera me deja añadirle en los agradecimientos, la gente empezaría a hablar y tarde o temprano descubrirían la parte de verdad que encierra la historia.

—¡Qué cabrón este Faruk! Eso quiere decir, que lo que me has contado es verdad, de leyenda me parece a mí que hay muy poquito.

—Deberás leer el libro completo para comprobarlo, sólo puedo decirte que es un hombre muy apasionado, que cuando se enamora de una mujer, lucha por ella hasta que la consigue y digamos que sí, a veces ha rozado la ilegalidad para conseguir su objetivo.

—¿Cómo termina la historia? —Dije con auténtica curiosidad.

—Ah no, no te lo diré, tendrás que leerlo por tí mismo.

—Por favor Eva, dímelo, la leeré una y mil veces, pero ahora me has dejado intrigado —rezongué poniendo pucheros.

—Bueeeeno, ella acaba sucumbiendo a los encantos de Faruk, pero no está de acuerdo con que la comparta con otras mujeres, le quiere solo para ella.

—Un segundo ¿Cómo se llama la protagonista? Hasta ahora no has mencionado su nombre, lo has hecho en primera persona.

—Marta, la chica se llama Marta y si lo he narrado así, era para darle más morbo a tú imaginación... tengo muchas ganas de tí y quien sabe, a lo mejor no es buena idea desaprovechar esa erección.

—Me gusta el nombre, nuestra primera hija se llamará así. Es un alivio comprobar que al final no voy a ser castigado.

—No cantes victoria antes de tiempo, todavía estoy cabreada contigo —dijo seria.

—Perdón, continua con la historia por favor —pedí escarmentado.

—Marta al no conseguir que Faruk rechazara tener un harén, escapa del palacio volviendo a España. Él intenta seguir adelante sin ella, pero se da cuenta de que no puede hacerlo y corre en su busca.

—¿Pero al final acaban juntos, verdad?

—Sí, pero cómo lo consigue y lo que hace para hacerla cambiar de opinión tendrás que descubrirlo tú mismo.

Me quedé por un instante pensativo, recordando la historia que me acaba de contar, pensando que podía ser verdad y que no. La intriga me pudo...

—¡Yo alucino! Grumito ¿secuestró a una mujer?

—Leo, ya te he dicho que no voy a contarte nada, ya he hablado de más, no hagas que me arrepienta.

—Tienes razón y si te soy sincero me da igual, si tiene una o quince mujeres, si las secuestra o las conquista con flores, si huele a canela o a jazmines... Yo lo que quiero ahora es que me perdones, que vuelvas a mi lado.

—¿Qué pasará el día que por cualquier motivo, descubras algo que no te gusta?

—Prometo escucharte, juro que por muy cabreado que esté en ese momento oíré tus explicaciones.

—Yo no estoy segura de que lo que dices sea cierto, no quiero volver a pasar por lo que he sufrido estos dos últimos meses.

—Grumito por favor, te quiero, sé que a lo mejor es tarde para decírtelo, pero no puedo vivir sin tí.

—Leo, yo tampoco puedo hacerlo, te quiero con toda mi alma, pero de una cosa estoy segura, si vuelves a desconfiar de mí, seré yo misma quien te deje abandonado en el desierto —se abalanzó sobre mí y nos besamos intentando recuperar el tiempo perdido.

Nos amamos una y otra vez, cómo tantas veces lo habíamos hecho desde que ella apareció en mi vida. Nuestras manos hambrientas acariciaron de mil formas distintas nuestros cuerpos necesitados del contacto al que yo mismo con mi tozudez, les había negado. Aprendiendo de nuevo a sentir, el calor que tanto había añorado.

—Leo, ¿recuerdas lo que me preguntaste la primera vez que hicimos el amor?

—Ahora mismo no me acuerdo ni de cómo me llamo —respondí riendo.

—Pues deberías hacer memoria, desde que nos separamos no he vuelto a tomar la píldora.

¡Vaya si recordé la pregunta!

—No importa, es más, no vuelvas a tomarla nunca, quiero tener hijos, muchos hijos y poder contarles algún día, que su madre es la mujer más maravillosa del mundo.

—¿Muchos hijos? ¿Cuántos quieres tener exactamente? —Me preguntó abriendo mucho los ojos, en su voz había un rastro de preocupación ante mi entusiasmo.

—Los que vengan, si algún día con el segundo, con el tercero, con el cuarto, decides que ya es suficiente, pues entonces volveremos a retomar esta conversación.

—Está bien, de momento vayamos en busca del primero...

Cuatro años después ya tenemos dos hijos, nuestra primogénita Marta llegó a nuestras vidas una noche de navidad, estábamos todos en casa celebrándolo, cuando Eva se puso de parto revolucionando a toda la familia, trajo al mundo a la personita más adorable y más llorona que había conocido hasta que llegó su hermano Raúl un año y medio más tarde. Que no dejó que durmiésemos más de una hora seguida en su primer año de vida. Hoy les tengo a los dos subidos en mi regazo, me parece increíble, pero oyendo la música que proviene de la tele y el desfile de colores se han quedado tranquilos, estamos viendo la ceremonia de apertura de los juegos paralímpicos Brasil 2016... Eva nos mira de reojo mientras acaricia su prominente barriga, éste será su último embarazo, aunque también dijimos lo mismo después de Marta...

Fin

Agradecimientos

Es difícil esto de los agradecimientos, porque seguro que me dejo a alguien, de antemano pido disculpas si así sucediese. Quiero empezar por mi familia, por aguantar lo que no está escrito mientras yo me desesperaba, por la paciencia y por toda la ayuda que he recibido de su parte, desde animarme hasta prepararme la cena.

Sigo por mi muso particular, es un poco bobo, pero cuando le he necesitado nunca me ha fallado, siempre ha creído en mí, y me dio el empujón que me hacía falta para hacerme ver que si quiero, puedo.

Aquí no pueden faltar mis “seños” gracias por ponerme las comas en su lugar, gracias de todo corazón Beatriz Cortijo y Laura Coco, nunca podré compensaros por todo lo que habéis hecho por mí.

¿Ya te pensabas que me había olvidado de ti, eh? Alex García, el que me metió en este “*embolao*”, gracias por sacar la mariposa que había en mí y dar viento a mis alas para poder realizar este viaje en solitario. Siempre, siempre, lo tendré *en la memoria*.

Gracias también a Françs Gori y a la editorial Alfíl, por la confianza ciega depositada en mí, siendo una autora novel y ofrecerme esta oportunidad única.

Y ahora para terminar, voy a hacer “un Almodóvar”: Gracias a todas las personas que he conocido desde que me metí en este mundo de letras y a las que ya formaban parte de mi vida, ya que de una forma u otra me han aportado las fuerzas para seguir adelante. Roberto, Sergio, Rodrigo, Pili, Ana, Marta, Inés, Rosi, Chema, Esther, Eva y por supuesto, a mi madre. Y a mi padre, que esté donde esté, sólo pido que en estos momentos se encuentre orgulloso de mí ¡Gracias a todos!